



CORTES GENERALES

DIARIO DE SESIONES DEL

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

COMISIONES

Año 1991

IV Legislatura

Núm. 294

ASUNTOS EXTERIORES

PRESIDENTE: DON LUIS FAJARDO SPINOLA

Sesión núm. 20 (extraordinaria)

celebrada el jueves, 29 de agosto de 1991

Orden del día:

- Comparecencia del Gobierno, a través del señor Ministro de Asuntos Exteriores (Fernández Ordóñez), para informar sobre la actuación del Gobierno español en torno a los hechos que se vienen produciendo en la Unión Soviética.
-

Se abre la sesión a las cinco de la tarde.

El señor **PRESIDENTE**: Se abre la sesión.

Señoras y señores Diputados, el Presidente del Congreso de los Diputados ha convocado esta reunión de la Co-

misión de Asuntos Exteriores, con carácter extraordinario, a partir de la solicitud del Gobierno para que comparezca el señor Ministro de Asuntos Exteriores, para informar sobre la actuación del Gobierno español en torno a los hechos que se han venido produciendo en las últimas fechas en la Unión Soviética. Tenemos, por tanto, la

oportunidad de escuchar ahora al señor Ministro de Asuntos Exteriores en relación con este tema.

Señor Ministro, tiene S. S. la palabra.

El señor **MINISTRO DE ASUNTOS EXTERIORES** (Fernández Ordóñez): Muchas gracias, señor Presidente.

Señoras y señores Diputados, cuando se pidió esta comparecencia estábamos ante un golpe de Estado en la Unión Soviética. Después de esa fecha, se han seguido produciendo una serie de acontecimientos a los que voy a hacer referencia, así como a otros hechos encadenados que han merecido la atención de los Consejos de Ministros de la Comunidad Europea durante todo este verano, puesto que todo ello ha estado imbricado. Haré, asimismo, alguna referencia especial a los casos de las repúblicas bálticas y de Yugoslavia pero es difícil muchas veces separar uno de otro. Quiero añadir que voy a referirme, sobre todo, a un análisis desde el punto de vista de la política internacional y de la política exterior, reduciendo al mínimo mis comentarios sobre los problemas internos de la Unión Soviética, como es lógico teniendo en cuenta el ámbito de esta Comisión, pero refiriéndome muy claramente a los aspectos desde el punto de vista de la política exterior.

No voy a hacer una cronología de hechos que conocen muy bien SS. SS., sino una valoración de lo que han sido y cómo se han producido las reacciones, tanto españolas como internacionales, ante este hecho. En cuanto a la posición española, quiero decir que España es, probablemente, el primer Gobierno de la Comunidad o uno de los primeros, que a mí me conste, que haya calificado, a las pocas horas, estos hechos como golpe de Estado y que lo haya condenado. Quiero decir también que la misma actitud han tenido los partidos políticos que están aquí y que, por tanto, España ha sido, en su conjunto, quizás uno de los países más claros, desde el principio, de la comunidad internacional, y me consta que esta actitud española ha producido un efecto en la propia comunidad internacional. Yo creo que todos teníamos claro que se trataba de una violación del orden constitucional interno de la Unión Soviética, del orden internacional y, desde luego, del espíritu de nuestras propias relaciones bilaterales.

El segundo punto es que nosotros decidimos apelar a una activación inmediata de los organismos internacionales, y a las pocas horas yo estaba hablando con el Presidente de la Comunidad, con mi colega holandés, preparando la reunión de horas después de los Ministros de Asuntos Exteriores. La actitud española (que al día siguiente fue claramente la actitud de consenso de la Comunidad, pero que estuvo más imprecisa en las primeras horas, en algunos casos) fue de no resignación, es decir, una actitud activa contra el golpe en la medida de nuestras posibilidades. Esa no resignación se traducía en una condena, en primer lugar, en una presión internacional, en segundo lugar; en un aislamiento, en tercer lugar; y, en cuarto lugar, en una manifestación de que, por nuestra parte, considerábamos violado el espíritu del artículo 3.º del Tratado, que quedaba, por tanto, en suspenso.

Como consecuencia de los hechos, a las pocas horas te-

níamos una reunión los Ministros de Asuntos Exteriores, y ahí se produce el segundo comunicado. Fue un comunicado que he calificado de alta intensidad, es decir, que el consenso no se logra por el mínimo común denominador, sino que se logra al máximo nivel. Todo el mundo estaba de acuerdo en una respuesta que fuera un mensaje claro entre direcciones. Primera dirección: hacia el poder constituido, que eran los golpistas en ese momento. En segundo lugar, un mensaje claro hacia los demócratas que en ese momento estaban todavía defendiendo la libertad en la Unión Soviética, y que no se habían rendido. Y, en tercer lugar, hacia la comunidad internacional. En el fondo, la declaración de la Comunidad es la negación de la legitimidad de los golpistas, el refuerzo de las fuerzas democráticas, nuestro compromiso con las reformas en la Unión Soviética y nuestra petición de que se cumplieran los acuerdos internacionales. Se toman, además, dos decisiones: la primera es la de suspender la cooperación económica de la Comunidad, y, la segunda, la de no acudir a la conferencia de la CSCE que va a tener lugar dentro de diez días en Moscú. La propia CSCE estudió la convocatoria del Comité de Altos Funcionarios: no dio tiempo por lo que sucedió después.

En cuanto a la reunión del 10 de septiembre en Moscú, tengo que decir que, a pesar de que sí hemos decidido que estábamos dispuestos a asistir, quizá la situación en la Unión Soviética o la situación general en Europa en estos momentos no permita celebrar la reunión en la fecha prevista. Ahora este asunto no está decidido; por lo menos, no lo estaba cuando salí de mi despacho. Nosotros hemos manifestado, en nombre del Gobierno español, que estamos dispuesto a acudir si existe la posibilidad de que la conferencia sea positiva y fructífera, pero SS. SS. no ignoran las dificultades.

La tercera reacción fue la de la Alianza Atlántica (que ya había tenido una reacción anterior, puesto que había habido una reunión de los embajadores) y, además, se hizo un esfuerzo muy grande por parte de los Estados Unidos, ya que el Secretario Baker hizo un esfuerzo solamente para estar dos horas en aquella reunión que tuvimos a las pocas horas también sobre este punto.

Sin embargo, la declaración de la Alianza Atlántica, que decidimos poner en circulación, fue la que ya teníamos escrita o la que nos habían preparado nuestros colaboradores, porque mientras se estaba celebrando la reunión, al otro lado del teléfono estaba el Presidente de la Federación Rusa pidiéndonos ayuda, diciéndonos que salían para Crimea dos aviones, que todavía no sabía de qué lado iba a caer el resultado final del golpe, pero que empezaban a tener esperanzas. En una situación tan confusa, a las cuatro y media de la tarde, decidimos no quedarnos esperando a ver cómo terminaba el golpe, aunque la impresión que teníamos es que estaba terminando, y poner en circulación nuestro documento.

En el documento de la Alianza Atlántica hay un punto importante que quiero subrayar: se reconoce en el mismo, a petición de algunos de los países, entre ellos España, según manifestamos ya en la Comunidad Europea, la idea de que la seguridad europea ya es indivisible y que

está indisolublemente ligada a la de los países del Este. Los países del Este pasaron muy mal rato durante este golpe, como pueden todos imaginarse. He comentado también la decisión española, así como la comunitaria y la de la Alianza, expresando algunos elementos que pudieran interesar a SS. SS. y que no están en las declaraciones, como es lógico.

El final del golpe se produce, como todo el mundo sabe, por tres razones. Primero, por la reacción popular, personificada en el Presidente Yeltsin, pero reproducida en todo el país; segundo, por la mala preparación del golpe, por las deserciones de los militares y por las divisiones entre el propio grupo, por todos los elementos que SS. SS. conocen; y, tercero, por la reacción internacional. Estos tres elementos —el que el golpe estaba mal hecho, el que se manifestaron la reacción popular e internacional— producen este fracaso. ¿Qué conclusiones podemos extraer, brevemente, desde el punto de vista general y desde nuestro punto de vista?

Desde el punto de vista general, se pueden extraer las siguientes conclusiones. En primer lugar, lo que no se podía esperar es que un sistema que sobrevive setenta años, vamos a decir, en una tiranía, un sistema de falta de libertades, se desmantele sin ninguna reacción. La «perestroika», en el fondo, estaba empezando a dejar de ser sólo una reforma, al final del proceso, estaba siendo realmente una ruptura. Como he dicho alguna vez, mi antiguo colega Eduard Shevardnadze, se presentó en la Embajada española de Moscú hace un mes, cuando estuve allí, y me dijo que estaba absolutamente convencido de que iba a haber un golpe del lado más conservador de la Unión Soviética.

En segundo lugar —creo que en este punto todo el mundo también está de acuerdo—, el golpe ha sido un punto álgido de la gran disputa entre los «conservadores» —entre comillas— y los reformistas en la URSS, y el posgolpe (fuimos el primer país en pedir que empezara a analizarse, como se hizo allí mismo en la reunión de la Comunidad) ha demostrado algo fundamental: que no hay camino intermedio. El camino intermedio no existía en este caso.

En tercer lugar, el hecho nuevo más importante del golpe ha sido que el pueblo soviético, especialmente en Moscú y en Leningrado, ha tomado en sus manos su propio destino. Ha dejado de ser una masa inerte y ha sido el verdadero protagonista de la nueva transición. Esa actitud del pueblo soviético es definitiva.

En cuarto lugar, el Presidente Gorbachov definió la situación en su primera rueda de prensa diciendo que el golpe es la crisis de un sistema. Efectivamente, es la crisis de un sistema, pero, a mi juicio, es más que la crisis de un sistema, es sencillamente un cambio de época, porque la crisis es cualitativamente definitiva. Primero, por la situación económica, que ha hecho crisis ya y se ha agravado durante estos días. Segundo, por la definición de la distribución del poder, que se ha agravado. Y, tercero, por el colapso de las instituciones tradicionales del antiguo poder: el PCUS, el KGB, la división en ciertos sectores del ejército.

La conclusión general es que no habrá un suave retorno a lo que fue la normalidad previa al golpe, porque lo que se abre es una nueva época y porque, al detenerlo, se ha evitado el golpe, pero han surgido muchos problemas. Sin embargo, se han evitado los problemas fundamentales del golpe, que eran, primero, la congelación previsible de todo el proceso de seguridad y cooperación europea y los derechos humanos; segundo, los problemas gigantescos de desarme, de retirada de tropas y de nuevos acuerdos de desarme; y, tercero, el riesgo de desestabilización que conduciría a una nueva guerra fría. Lo que se ha evitado, como había dicho en otro contexto bien diferente el gran poeta Edmond Yavés, es lo más peligroso. Lo más peligroso, decía Yavés, es cuando el futuro consiste sólo en el pasado que regresa.

Ahora hay problemas, pero son otros. En los próximos días, como saben SS. SS., en concreto el día 2, habrá una reunión del Congreso de la Unión Soviética en donde se van a adoptar decisiones fundamentales.

Desde el punto de vista de lo que ha sido la posición española —como he explicado—, en pleno consenso con la Comunidad, quiero precisar algunos puntos más concretos todavía. El primer punto es que, a nuestro juicio, no es conveniente ni para nuestros intereses ni para la estabilidad de Europa el proceso de desintegración incontrolado y total de la actual Unión Soviética.

Partiendo del principio del respeto a las decisiones de los pueblos sobre su destino y del reconocimiento de la realidad, la política española ha sido y debe seguir siendo muy prudente en esta materia. La historia de las guerras europeas es demasiado concluyente para olvidarla. España seguirá defendiendo públicamente una postura de responsabilidad sin ninguna concesión a cualquier actitud complaciente o demagógica en este proceso delicadísimo que se está viviendo.

El riesgo en estos momentos en la Unión Soviética no es tanto un nuevo golpe como, simplemente, el caos, el vacío de poder, el hambre, las luchas internas o los grandes éxodos. Hay repúblicas que son el cuarto contingente del mundo en número de tropas, con armas nucleares desplegadas. Las fronteras entre las repúblicas no están definidas. A su vez, dentro de alguna república, como la Federación Rusa, hay 16 repúblicas autónomas, en algunas de las cuales se han oído voces pidiendo la independencia. Como en la célebre «matriushka», cada muñeco incluye otros muñecos ocultos.

El segundo punto, además de esta llamada a una actitud responsable que creemos debe ser la posición española y que lo ha sido, España debe mantener la relación de amistad y colaboración, que actualmente es privilegiada. Es conveniente continuar la extensa base jurídica de acuerdos sobre los que hemos establecido estas relaciones y hacerlo, a partir de ahora, tanto con el nuevo poder central que se defina como con las diferentes repúblicas, en función de la realidad política que surja en el futuro.

En tercer lugar, España está a favor —es la posición del Gobierno— de la adopción de medidas concretas de cooperación para apoyar la política de reformas en la Unión Soviética, pero entendemos que es fundamental que exis-

ta una coherencia en la política de relaciones económicas del nuevo poder central, de relaciones económicas internacionales, en general, en la política exterior, y que se articule un espacio económico común y la identificación de interlocutores válidos. En ese sentido, esta política tiene tres aspectos. El primero, el saneamiento del sistema económico y financiero que cuenta con una inflación actualmente galopante, un descontrol monetario, enorme déficit público, reducción de la producción, etcétera. Nosotros apoyamos la supresión de obstáculos en el Banco Europeo de Desarrollo y la participación de la nueva unión o del nuevo poder central en los organismos financieros internacionales.

El segundo aspecto es que existe una penuria gravísima de alimentos y de productos farmacéuticos. Es preciso mantener la ayuda humanitaria gratuita o con créditos garantizados y plantear este problema en el próximo Consejo Europeo. Será difícil articular todo esto, pero estamos ante un problema gravísimo que consideramos de una prioridad inexcusable.

El tercer punto es modernizar la economía. Se debe colaborar colectivamente en medidas de estímulo a la participación de la iniciativa privada (que es vital, porque, al fin y al cabo, es el propio pueblo soviético el que tiene que resolver su problema) y mantener y extender el programa de asistencia técnica de la Comunidad. Quiero recordar a sus SS. SS. que el 80 por ciento de la asistencia técnica que se está dando proviene de la Comunidad Europea. Este será un punto para el próximo Consejo Europeo que hemos convocado.

Finalmente, el día 4, el miércoles próximo, hemos convocado una nueva reunión para tratar de todos los aspectos económicos de las relaciones de la Comunidad Europea con los países de la Europa del Este. Están reunidos los «sherpas» del Grupo de los Siete y en nombre de dicho Grupo va a ir el Primer Ministro Major. Toda esta operación está articulada y yo he planteado ya —y volveré a hacerlo el día 4— la necesidad de mantener un proceso de consultas constantes entre los Doce para hablar, hasta donde podamos, con una sola voz en unos momentos tan delicados.

Ahora haré dos breves referencias a dos temas muy ligados, uno de ellos más que el otro, pero absolutamente concatenados por mil razones. Uno es el punto referente a las repúblicas bálticas, que se trató en la Comunidad Europea anteayer, y sobre el cual fijé la posición española en el Senado el 26 de febrero de 1991. Me atengo a aquella declaración, que sigue siendo válida porque se resume en lo siguiente (luego se han ido haciendo declaraciones de la Comunidad Europea y de España al hilo de este problema): en primer lugar, el carácter específico de la situación de los Estados Bálticos. Son producto de una anexión militar derivada del Pacto Molotov-Ribbentrop, declarado ilegal por el propio Soviet Supremo de la URSS, en diciembre de 1989.

En segundo lugar, preocupación por los derechos humanos. España fue el país que, en nombre de la Comunidad Europea, hizo todos los planteamientos comunitarios cuando sucedieron los hechos en Lituania. Lo mismo hice,

siendo yo el Presidente del Consejo de Europa, cuando se produjeron estos mismos hechos.

El tercer punto es la inquietud por una desestabilización prematura de la «perestroika» y de la propia Unión Soviética. Eso para España ha sido un punto fundamental. Siempre hemos dicho que no era un problema de reconocer o no el carácter independiente de estos países, que nunca planteó un problema especial el «sí», ni siquiera para los soviéticos, sino el cuándo y el cómo. Se trataba de hacerlo en el momento en que no acelerara el proceso de desestabilización de la «perestroika».

En cuarto lugar, España ha pedido siempre que esto se hiciera conjuntamente, porque no se podía hacer de forma separada. Como dijo aquel gran poeta español: «No se trata de llegar solos ni pronto, sino de llegar juntos y a tiempo». Y eso se ha hecho. El único país de la Comunidad Europea que ha reconocido a los Países Bálticos antes que España ha sido Dinamarca. Lo hemos hecho todos a la vez, y eso es muy importante. Todavía hemos tenido alguna discusión con las autoridades centrales soviéticas acerca de si valía la pena o no esperar a la próxima reunión del Congreso soviético, que va a tener lugar el lunes. En cualquier caso, pensamos en la reunión de Bruselas que el reconocimiento y negociación por la Federación Rusa, que es su vecino inmediato, y los hechos del golpe, nos hacían considerar que éste era el momento oportuno para tomar la decisión. Ahí lo planteamos, tuvimos consultas la semana anterior, y la Comunidad Europea entera y a la vez, sin que ningún país de la Comunidad haya hecho ningún reconocimiento anterior, excepto Dinamarca, como he dicho antes, hace el reconocimiento conjuntamente.

La declaración de los Países Bálticos la conocen ustedes y, por tanto, no me voy a referir a ella. Sí quiero decir que hay un punto que añade a todo esto un problema especial para España, y es que al establecer las relaciones con la Unión Soviética, en marzo de 1977, España no formuló reservas a la anexión, lo cual quiere decir que España aceptaba —podía entenderse que aceptaba implícitamente— que estos territorios son parte de la Unión Soviética, mientras que los otros países no lo habían aceptado nunca y, por tanto, no tienen el problema que nosotros tenemos con la Unión Soviética porque sobre estos territorios no sólo no se hace ninguna reserva a la anexión, sino que el embajador de España visitó los Países Bálticos.

Según la interpretación de la Asesoría Jurídica Internacional, el mecanismo que hay que seguir para el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con los Estados Bálticos es, primero, la autorización por el Consejo de Ministros (porque es un acto de Gobierno) del inicio de las negociaciones para el restablecimiento de las relaciones. Tengo que añadir que para este punto concreto, me consta también que existe un consenso en esta Cámara, y actuó con el sentimiento de que este consenso existe. Cuando se tramite todo este proceso y haya las notificaciones oportunas a la Unión Soviética (problema que no tienen otros países), formalizaremos el restablecimiento de las relaciones, normalmente a través de un canje de

notas. Acreditaremos los embajadores; al menos en una primera fase convendría acreditar a uno o a varios de nuestros embajadores en los países Escandinavos y Bálticos, y luego decidiremos el gran problema del embajador residente: si se nombra uno o se acreditan en los demás países a los embajadores de los países colaterales.

Muy relacionado con todo el problema de la Unión Soviética está el caso de Yugoslavia. Especialmente el papel protagonista de Serbia que, está íntimamente encadenado por la especial relación que Serbia tiene con la Unión Soviética. En estos momentos, el problema más urgente es conseguir el alto el fuego. Mientras no se acepte el control internacional, no habrá alto el fuego. Ni la Comunidad ni España pueden aceptar una política de hechos consumados. No aceptamos ni hemos aceptado nunca el cambio de fronteras por la fuerza. Por ello, la Comunidad ha decidido conjuntamente hacer una presión internacional en dos niveles. Primero: hay una propuesta franco-alemana de arbitraje que ojalá fuera suficiente. Digo ojalá porque yo hice en la reunión un comentario sobre esta propuesta. Como SS. SS. saben, la propuesta es que se elijan cinco de entre los Presidentes de los Tribunales Constitucionales de los países de la Comunidad, para que hagan un arbitraje. Ojalá fuera una problema jurídico! Todos sabemos que no lo es. Si esto no es así, si esta fórmula no sale, nos reuniremos de nuevo para ver qué medidas tomamos nosotros y las demás repúblicas de Yugoslavia. La CSCE no ha sido eficaz, el mecanismo de emergencia no ha funcionado. Sólo la Comunidad ha sido capaz de hacer algo —los acuerdos de Brioni fueron una esperanza— y es la que en estos momentos está intentando hacer algo. Sobre este punto, lo único que quiero decirles es que nuestra política es la de que esta fractura se produzca al menor coste posible para las propias repúblicas y para sus pueblos que están sufriendo; para la región balcánica en la que, como las cerezas, se encadenan los problemas; y, en tercer lugar, para la estabilidad de Europa.

Si antes del 1 de septiembre —es decir, el domingo— no se ha llegado al alto el fuego, me temo que nuestra reunión comunitaria del día 4 no la dedicaremos sólo a los problemas económicos de los países de Europa del Este, como les había dicho, sino que, dramáticamente y en condiciones mucho más terribles que ahora, tendremos que hablar de este otro problema en el cual hasta ahora el equilibrio con la Unión Soviética tenía un signo y el elemento fundamental que lo encadena es que la relación cambia totalmente de signo al haber cambiado la correlación de fuerzas en la Unión Soviética.

Nada más debo decir en cuanto a esta primera intervención. Estoy totalmente a su disposición. Muchas gracias.

El señor **PRESIDENTE**: Muchas gracias, señor Ministro.

Para la intervención de los Grupos Parlamentarios seguiremos el orden habitual, de menor a mayor.

Tiene la palabra, en primer lugar, en nombre del Grupo Parlamentario Mixto, el señor Mardones Sevilla.

El señor **MARDONES SEVILLA**: Anuncio que repartiré mi tiempo con el compañero de Grupo y portavoz de Unión Valenciana, don Juan Oliver. Paso seguidamente a mi intervención, señor Presidente.

En primer lugar, señor Ministro, quiero agradecerle su información ante la premura con que se nos ha convocado; cuenta también con nuestro apoyo tácito respecto a lo que ha manifestado en una parte de su información de que lo hacía en el convencimiento de que había un consenso de los grupos políticos.

Se ha hecho manifestación pública en estos días, como en los demás, de esta condena del golpe de estado y el deseo del restablecimiento de las libertades democráticas en la Unión Soviética.

Al hilo de su información, señor Ministro, me surgen las siguientes dudas que quisiera que me aclarase. Usted ha dado un dato para mí importante diciendo que el mes pasado en una reunión en Moscú con el anterior Ministro de Exteriores, señor Shevardnadze, éste le adelantó que estaba en la idea de que se aproximaba un golpe de Estado en la Unión Soviética. Supongo que esa información del señor Shevardnadze, no sería exclusiva a usted, sino también a otros Ministros de la Comunidad Económica Europea o de los países occidentales que forman parte de los bloques en los que está incluida España, sea Comunidad Económica Europea, sea OTAN, sea Conferencia de Seguridad y Cooperación para Europa y, concretamente, los Estados Unidos.

¿No hubo ante esta información, señor Ministro, ninguna inquietud entre ustedes, entre al menos los cancilleres de Asuntos Exteriores, para un intercambio de información o una previsión, si es que el señor Shevardnadze no le puso tiempo a ese anuncio de golpe de Estado? Porque esto sería objeto de una crítica al menos —permítame que se lo diga, señor Ministro— por negligencia, por no haber pensado en la verosimilitud y realidad del conocimiento de causa que tendría el señor Shevardnadze para haber hecho esta profecía (vamos a llamarla así) que se ha cumplido inexorablemente y en tan poco tiempo.

Mi segunda pregunta, señor Ministro, se refiere al Tratado de Cooperación que existe en este momento entre el Reino de España y la Unión Soviética. Usted ha planteado una cuestión con respecto a las repúblicas bálticas. Yo le hago la siguiente pregunta. A resultas de lo que ocurra, de si en la Unión Soviética el nuevo Tratado de la Unión queda sustancialmente modificado, ¿jurídicamente el actual acuerdo hispano-soviético va a tener virtualidad aplicativa, al menos en los compromisos económicos que se firmaron en su pasada visita a España del señor Gorbachov, por el Presidente del Gobierno español, don Felipe González? ¿Qué alcance pueden tener los compromisos de créditos, Estado a Estado, que se contrajeron allí y qué motivaciones habrá que esgrimir para modificar y traer de nuevo a la Cámara el texto de un nuevo tratado de cooperación en todos los órdenes, como el actualmente vigente? Parece que el cumplimiento jurídico por parte de la Unión Soviética será difícil, porque ¿a qué parte del territorio jurídico de la futura Unión Soviética se le va a aplicar el alcance al menos económico? ¿Van a tener de-

recho las repúblicas bálticas a participar de esos beneficios que estaban en el acuerdo?

Mi tercera pregunta, señor Ministro, es la siguiente. ¿Durante los días que siguieron al golpe de Estado, la Embajada de la Unión Soviética en Madrid tuvo algún contacto, alguna información con su Departamento, hizo alguna petición? Sabe usted, señor Ministro, que en las últimas fechas se ha justificado el nombramiento del nuevo Ministro soviético de Asuntos Exteriores —Embajador en uno de los países del Este— por su clara postura en contra del golpe. Pregunto si tiene alguna información de que hayan ocurrido circunstancias que vayan a producir alguna modificación de embajadores si no estuvo clara su posición con respecto al golpe, como ocurrió con el actual Ministro de Asuntos Exteriores, que hasta hace unos días era embajador de la Unión Soviética en un país de la Europa-Central.

Señor Ministro, usted se ha referido al caso yugoslavo, pero aquí las cerezas se traban unas con otras, hay interacción en estos procesos; lo que ocurre en la Unión Soviética con lo que ocurre en Yugoslavia. Concretamente usted se ha referido a Serbia, da la sensación de que aparte de estos conflictos hay otros coincidentes en el tiempo en estos momentos donde hay protagonistas que están apretando el acelerador, basándose en que la opinión pública está distraída con los altos organismos internacionales, como la Comunidad. Es evidente, el protagonismo del señor Mitterand recibiendo en estos momentos al Presidente de Croacia, pero le pregunto, los que aprietan el acelerador, como el señor Hassan II, en un ataque militar en el Sáhara bombardeando, antes de que se produzca el alto el fuego el día 6 de septiembre, ¿van a merecer por parte de la comunidad internacional, en la que usted nos representa, caso de la Comunidad Económica Europea, alguna actuación, alguna declaración? Yo creo que hay una interacción, al menos aprovechando, como he dicho, la distracción de la opinión mundial y de sus altos organismos.

Termino, señor Ministro, señor Presidente, haciendo las dos últimas preguntas. La Unión Soviética tiene una representación peculiar y pluralista en las Naciones Unidas, me refiero a la Unión Soviética con otras repúblicas de la Unión que se sientan con plena soberanía jurídica al menos en el «status» de las Naciones Unidas. Aquí nadie está hablando, curiosamente, del papel de las Naciones Unidas y lo único que ocurre es que la comunidad internacional tiene en la más absoluta indiferencia el lamentable papel del señor Pérez de Cuéllar, en Ginebra, solamente hablando con polisarios y marroquíes, pero sin llamarle a ningún capítulo con relación a la Unión Soviética, ¿qué posición van a fijar ustedes con relación a la presencia de la Unión Soviética en el Consejo de Seguridad, donde es uno de los cinco miembros que tienen capacidad de veto? ¿Se va a ver modificado este «status»? ¿Hay alguna noticia que usted nos pueda adelantar, señor Ministro, de esta peculiaridad? ¿Se ha pedido alguna reunión, al menos a nivel del Consejo de Seguridad, donde la Unión Soviética se sienta con un «status» especial

como los otros cuatro países: Francia, Inglaterra, China y los Estados Unidos?

Nada más y muchas gracias, señor Ministro, reiterando nuestro apoyo a toda la postura que coincidiendo con el Gobierno español, vaya en el deseo del restablecimiento de la democracia en la Unión Soviética y la lucha contra cualquier golpe de Estado de cualquier signo y en cualquier país.

El señor **PRESIDENTE**: El señor Oliver, también por el Grupo Mixto, tiene la palabra.

El señor **OLIVER CHIRIVELLA**: Señor Presidente, señor Ministro, señorías, con mucha brevedad, para fijar la posición de Unión Valenciana en el tema que ocupa la comparecencia del señor Ministro. Me voy a centrar, en primer término, en el hecho de la Unión Soviética y señor Ministro, por una vez, me complace no ser crítico con el Gobierno, sino todo lo contrario.

En primer lugar, Unión Valenciana tiene que apoyar aquí oficialmente, públicamente la política seguida por el Gobierno en tanto en cuanto condenó en su momento el golpe al producirse y su apoyo a las autoridades constitucionales, así como el apoyo para el retorno al orden constitucional en la URSS.

En segundo lugar, he de manifestarle nuestra coincidencia en la política de prudencia seguida por el Gobierno en cuanto a la sucesión de hechos del postgolpe que está produciendo un vertiginoso suceder de acontecimientos que de alguna manera pueden, alterar gravemente, como usted mismo ha dicho a lo largo de su exposición, no sólo la seguridad de los países del Este, sino la del conjunto de Europa.

Apoyamos también el reconocimiento de la independencia de los países bálticos: Estonia, Letonia y Lituania. Nos parece bien su planteamiento, aunque en su momento hubo discrepancias sobre él.

Finalmente, y refiriéndonos al tema de la Unión Soviética, el Gobierno debe saber que, en una política prudente, tiene el modesto apoyo de nuestro partido, que sirva para reforzar las ansias de libertad y de democracia de todos los pueblos de la Unión Soviética de la forma más razonable y eficaz posible.

Por último, quiero decirle, señor Ministro, que compartimos la preocupación expresada anteriormente por usted, y también por mi compañero del Grupo Mixto, por la situación de Yugoslavia. Creo que el Gobierno debe apurar al máximo toda su capacidad de negociación y de convicción dentro de la Comunidad Económica Europea para conseguir cuanto antes ese necesario alto el fuego.

Sólo le preguntaría, señor Ministro, si el Gobierno tiene pensada ya alguna medida en el caso de que fracasara la comisión de arbitraje en la que, por sus palabras, deduzco no tienen excesiva fe en que triunfen los propios ministros de Asuntos Exteriores.

El señor **PRESIDENTE**: Por el Grupo Parlamentario Vasco, tiene la palabra el señor Anasagasti.

El señor **ANASAGASTI OLABEAGA**: Tras la interven-

ción del señor Ministro y sus explicaciones, trataremos de ajustarnos al análisis de lo dicho.

En primer lugar, consideramos que la postura del Gobierno tras conocerse el golpe de Estado en la Unión Soviética ha sido la adecuada por su agilidad y por la defensa del principio de no aceptar sin más, un golpe de Estado, ni la débil argumentación de los motivos de salud del Presidente Soviético.

Respecto a la información a los partidos políticos, suponemos que se ha realizado, aunque nosotros no hemos sido receptores de la misma. También el Presidente del Gobierno anunció en el debate del pasado uno de julio tras la cumbre de Luxemburgo, que informaría a los partidos de manera inmediata sobre la situación yugoslava y, a pesar de la promesa pública y en Pleno, tal información no se ha realizado. El Gobierno, en nuestro caso, no siguió su política informativa de la Guerra del Golfo donde contamos con información continua y precisa.

Por esa razón y dentro de este contexto desearíamos saber cuáles fueron las relaciones entre su Ministerio y la Embajada Soviética en Madrid y si usted considera que la representación diplomática actuó correctamente, fue muy tibia o incluso justificó el golpe de Estado, así como si le parece adecuado que el encargado cultural soviético en Barcelona, Boris Liubimov lo justificara diciendo que la lucha nacionalista no podía continuar de la misma manera. Si esto es así, ¿por qué se le dio el placer a un diplomático de estas características para que fuera, precisamente a una autonomía tan importante?

Vistos los resultados, ¿no cree señor Ministro, que tal representación diplomática habrá enviado al Ministerio de Asuntos Exteriores soviético una información maliciosa y sesgada respecto al Estado autonómico español? ¿Piensa su Ministerio recusar a estas personas o elevar algún tipo de observación al Gobierno soviético?

Centrándonos en los hechos de actualidad, creemos que no durante el golpe, sino en el proceso de la «perestroika», el Gobierno español, a nuestro juicio, no ha acertado cabalmente en su relación, ni en su capacidad de influencia; todo se sometía a pies juntillas al éxito de la «perestroika», actuando sin espíritu crítico hacia Gorbachov, ni cuando en enero se produjo el cruento ataque militar contra los manifestantes desarmados en la torre de transmisiones de Vilna. Ahora mismo creemos que siguen sin diversificarse las fuentes de información. Incluso usted, que ha mantenido buenas relaciones con el antiguo Ministro de Asuntos Exteriores, Eduard Shevardnadze, quien ha criticado la falta de visión del Presidente de abandonar Moscú, irse de vacaciones y seguir rodeado del sector más duro y golpista, creemos que no ha recabado de esta personalidad representativa su opinión durante el proceso, no sólo hace un mes en la Embajada, como ocurrió en su día con Boris Yeltsin en su viaje por España.

Mientras no cambien las relaciones de poder entre el Estado y las repúblicas y no haya un plan coherente de recuperación económica las cosas no van a funcionar y eso es público y notorio. Por esta razón desearíamos saber si en el futuro se va a limitar el Gobierno a mantener relaciones con el Presidente soviético o va a tratar de ir

aceptando una nueva realidad incómoda y complicada, pero realidad a fin de cuentas. Es fácil decirlo ahora a todo pasado, pero a nuestro juicio, creemos que era un espejismo seguir animando a Gorbachov en su política del paso a paso con tales acompañantes y acumulando tensiones, porque a pesar de cinco años de discurso sobre la «perestroika» todavía no se habían establecido los mecanismos para la creación de empresas privadas, reglas para la inversión extranjera, libre convertibilidad de la moneda o un sistema financiero que pudiera canalizar las reservas internacionales para financiar las importaciones, porque la Unión Soviética es uno de los principales poseedores de reservas de oro.

Si se trata de orientar recursos hacia actividades productivas, la Unión Soviética destina más del 20 por ciento de su producto nacional bruto a gastos militares. Si se trata de ayuda en especie, la Unión Soviética no tiene mecanismos de distribución, ni siquiera para sus cosechas internas. Si se trata de fomentar inversiones directas privadas, decenas de inversionistas, occidentales y españoles, fueron frustrados ante el hecho de una burocracia intacta a pesar de cinco años de discursos y agasajos internacionales; nada que no se conociera y que no anunciara su crisis. Por esta razón, señor Ministro, ¿de qué forma piensan ustedes abordar de manera inmediata este enfoque económico de la cuestión?

Con referencia a la consecuencia inmediata de lo ocurrido, como es el reconocimiento comunitario de las repúblicas bálticas, nosotros consideramos que la postura del Gobierno español —correcta en este caso— ha sido demasiado conservadora en el tiempo. Hace un año presentamos una proposición no de ley en este sentido que fue rechazada con el argumento de no poner en peligro la «perestroika». Un año después la «perestroika» ha saltado en mil pedazos y ustedes han sido arrastrados por los acontecimientos, como lo serán seguramente respecto de Eslovenia y Croacia, a pesar de la postura que ustedes mantuvieron en Luxemburgo el pasado mes de julio.

No sirve, a nuestro juicio, el argumento de que la decisión hubiera debido ser comunitaria, porque de ser así, no se hubiera logrado, una vez que habían sido ya reconocidos por seis estados y los demás países —entre ellos España— se han visto obligados a ella. Eso es así porque si de políticas comunes se trata, lo lógico hubiera sido un embajador comunitario en las repúblicas bálticas y un embajador Báltico en Bruselas. Se ha perdido una ocasión de oro para comenzar a realizar una política europea exterior común. Señor Ministro, ¿por qué no se ha hecho y cuál va a ser su postura ante las declaraciones de independencia de Ucrania, Moldavia y demás repúblicas?

Por otra parte, además de la causa económica, se está culpando de la crisis a la llamada impaciencia nacionalista. ¿Es que 50 años de paciencia, en el caso Báltico, no son suficientes? ¿Es que alguien creía que la Unión Soviética no era una cárcel de nacionalidades, herencia del viejo imperio zarista, que se mantenía por la fuerza del terrorismo de Estado, de la violencia y del oprobio? Se está demostrando con hechos que no hay unidades sacro-

santes ni para los ejércitos y que lo natural recupera su lugar si se basa en la voluntad popular.

Nuestra propuesta no es, bajo ningún concepto, caer en el capillismo, en la huerta ni en la política de fronteras, sino en los planteamientos sensatos y no en los desestabilizadores.

Cuando nos visitó Gorbachov en noviembre pasado, pronunció en esta misma sala un discurso. Su argumento principal, además de la «perestroika» y la situación económica fue enviar un mensaje a sus repúblicas. En su viaje a Cataluña, con problemas de protocolo incluidos en esa voluntad de manifestar la primacía del poder central, a nuestro juicio creemos que no se le ilustró adecuadamente, por parte del Gobierno español, del momento político-autonómico que vivíamos. Creemos que éste es un asunto que al Gobierno siempre le ha quemado y no le gusta. Buena prueba de ello lo constituyó el absurdo curso organizado por la Universidad Complutense, en Moscú, hace dos meses con subvención de Banesto. A punto de firmarse el Tratado de la Unión, viaja el Presidente del Gobierno español y tres ministros y participan en dicho curso, el cual no cuenta entre sus ponentes con representantes de alguna nacionalidad. Así como el PNV fue excluido de la Ponencia constitucional, en 1977, para hablar de la transición política española, y teniendo en cuenta que el problema más grave que tenían en la Unión Soviética era el de sus repúblicas y nacionalidades, el Gobierno español accede a participar, en 1991, en un seminario donde se obvia este asunto. Creemos que éste es el ejemplo más elocuente de lo que ha sido la relación del Gobierno español con referencia a ilustrar a Gorbachov y su entorno sobre algo que le iba a explotar en las manos y que está a punto de hacer estallar aquel mundo. Nosotros no queremos que ocurra; por eso siempre nos ha parecido absurdo que se ponga como modelo el autonómico español, sin contar con una de las partes.

En tercer lugar, no nos parece adecuado el ejemplo que se ha puesto respecto a un cierto paralelismo con relación al 23 de febrero, porque si bien el 23 de febrero se produce tras una visita del Rey a Guernica, al desgaste contra el Presidente Suárez y al hecho autonómico, sus consecuencias fueron la LOAPA que pretendió embridar el proceso autonómico, cuestión harto distinta de lo que está ocurriendo en la Unión Soviética.

Esto no quiere decir, señor Ministro, que los acontecimientos que están ocurriendo allí no dejen de hacer mella aquí, sobre todo cuando consideramos que el proceso autonómico español se está dejando pudrir y se sigue sin abordar el hecho diferencial absolutamente en serio. Por eso le decimos que tomamos buena nota de lo que acontece, aunque coincidimos con usted en que no hay posibilidad de iniciativas parecidas en la Europa Comunitaria y menos auspiciadas por la violencia de las armas.

Nosotros entendemos que lo primero que hayan reivindicado los estados bálticos hayan sido las fronteras, las visas y los pasaportes. Lo comprendemos tras cincuenta años de opresión; pero sabemos que las fronteras, las visas y los pasaportes dividen a los pueblos y lo que buscan los nacionalismos democráticos es una Europa comunita-

ria son un sólo pasaporte, un sólo ejército, una sola política exterior y una sola moneda. A eso se opone el viejo concepto de Estado/nación, no el concepto de los nacionalismos democráticos, que buscan la unión y quitar esas mismas fronteras.

Finalmente, señor Ministro, quisiéramos saber si estos acontecimientos van a tener alguna influencia significativa en las conferencias intergubernamentales de diciembre, si no se piensa que ha llegado el momento de integrar todas esas realidades en una Europa federal, sin miedo a la palabra, y si no es propicio dar competencias cuasi gubernamentales a la Comisión Europea y legislativas y de control en serio al Parlamento europeo para que las repúblicas se miren en el espejo de la Europa comunitaria de una moneda, un ejército y una política exterior común y no en el modelo actual comunitario de doce ejércitos, doce políticas exteriores y diez monedas.

Sabemos que para ustedes es mucho más cómodo entenderse con Moscú que con trece repúblicas, como ocurría antes. La democracia complica las cosas, pero las hace sólidas y justas. De ahí que el mejor ejemplo que pueden aportar es la Unión Europea y no el actual estado de cosas, que no sirve para nada excepto para lograr que la primera y última palabra la tengan, en este caso, los norteamericanos.

La llamada desmembración soviética se detendría si hubiera una Comunidad Europea con reconocimiento de sus realidades naturales, que hablara con una sola voz y no el actual espectáculo egoísta de los Estados/nación que no quieren ceder soberanía y critican y se asustan de que en la Unión Soviética se quiera seguir tal modelo.

Nos gustaría, señor Ministro, que en el futuro se tuviera en cuenta también la experiencia de otros partidos, además de los de ámbito del Estado, en estos asuntos que a todos interesa.

El señor **PRESIDENTE**: El señor Caso, en nombre del Grupo Parlamentario del CDS, tiene la palabra.

El señor **CASO GARCIA**: Muchas gracias, señor Presidente.

Gracias, señor Ministro, por su información. Sabe que nuestro partido ha manifestado su acuerdo con la política que ha desarrollado el Gobierno en esta crisis, tanto en la información que ha dado a la opinión pública y a los grupos de oposición como en la rapidez de reacción, como en la energía al mantener una posición que afortunadamente ha sido la comunitaria. El señor Ministro sabe cómo le manifesté mi preocupación porque la Comunidad Europea no reaccionara con suficiente energía ante la gravedad de la crisis y que luego en otros terrenos —él ha hablado de la prudencia— para algunos fuera determinante y no se defendiera con suficiente energía, como finalmente sí se hizo, la repulsa al golpe en la Unión Soviética y el apoyo y la presión desde la Comunidad Europea y los organismos internacionales para el restablecimiento del proceso hacia la democracia en la Unión Soviética.

El cúmulo de acontecimientos que se están produciendo en estos días lleva una velocidad tan vertiginosa que

la reunión que tenemos hoy, si la hubiéramos tenido hace cinco días, hubiera sido radicalmente distinta y, a lo mejor, también la que tuviéramos dentro de una semana. En todo caso, yo creo que los países democráticos deberíamos aprovechar para hacer una reflexión profunda. Por supuesto, nuestra actuación debe partir del respeto al derecho que tienen los pueblos de la Unión Soviética a tomar decisiones democráticas en torno al grado de institucionalización que se quieran dar, sus procesos internos, etcétera, pero es evidente que lo que se ha producido estos días en la Unión Soviética ha hecho recorrer un escalofrío por todo el mundo, el escalofrío del riesgo de muchos años perdidos, de vuelta a un escenario de guerra fría, de desestabilización. El mundo occidental debe hacer una reflexión seria y la debemos hacer en nuestra dimensión, desde España, de si hemos cooperado todo lo posible para que ese grave riesgo que hemos corrido no se hubiera producido. Por eso, cuando el señor Ministro habla de prudencia, me parece correcto hablar de prudencia en algunas dimensiones, pero hay que combinarla con energía y audacia en otras; energía y audacia en apoyar todo lo que de bueno hay en este proceso. Hemos pasado una página muy peligrosa de una vuelta atrás; pero hay muchas incógnitas abiertas, incógnitas que pueden conducir a un grave caos; en definitiva, lo que tendríamos que hacer es cooperar con todas nuestras fuerzas, con los demócratas de la Unión Soviética, al proceso de democratización; ayudar con todas las fuerzas a que no se produzca el caos.

Hay una sensación generalizada, y yo creo que los análisis lo confirman, de que quizás determinados sectores muy influyentes en el mundo occidental han querido tirar demasiado de la cuerda. Ante una guerra fría que, de alguna manera, acababa con un perdedor sin haber librado una batalla, quizá el mundo occidental ha tirado demasiado de la cuerda, exigiendo demasiadas señas de identidad, de autenticidad a ese proceso de transformaciones democráticas como para que todo el proceso se haya podido poner en cuestión; y no sólo se ha podido poner en cuestión la paz o la democracia en la Unión Soviética, sino un proceso de paz y de distensión mundiales. Por eso, me parece necesario —creo que el Gobierno español en buena medida va en esta línea, pero habría que reforzar esa posición en los organismos internacionales, como en la Comunidad Europea— apoyar con energía y audacia todo lo que tiene de positivo el actual proceso, que es un auténtico proceso revolucionario.

Probablemente, la gran fuerza que tiene hoy la Comunidad Europea es su poder de ayuda económica, técnica, tecnológica, de la que está enormemente necesitada la Unión Soviética. Hasta ahora, la Comunidad Europea y, desde luego, el Grupo de los Siete, han sido enormemente reticentes a conceder esa ayuda y han seguido exigiendo más y más pruebas de autenticidad en el proceso de la «perestroika». Creo que si algo deja claro el golpe es la voluntad del pueblo soviético de caminar hacia la democracia y, por tanto, la reticencia de los que podríamos llamar los halcones del mundo occidental debería quedar marginada y superada por la actitud, digamos, en térmi-

nos convencionales, de las palomas que quieren apoyar este proceso; proceso que tiene enormes dimensiones en cuanto a ayuda económica, algunas de las cuales ha señalado el señor Ministro. Me alegra saber que va a haber una reunión específica del Consejo de Ministros para tratar —espero— de agilizar al máximo esas ayudas. Es probable que la Unión Soviética ofrezca ahora un marco mucho más radical de reformas hacia la economía de mercado y que, por tanto, se deba ayudar decididamente a todo ese proceso.

Por supuesto, la Unión Soviética tiene por delante un invierno durísimo por sus carencias actuales alimentarias y de medicinas y sería una grave irresponsabilidad pretender condicionar esa ayuda. Creo que debe ser una ayuda totalmente incondicional para superar esta etapa de transición hasta que las nuevas autoridades, las que quiera el pueblo soviético, democráticamente elegidas, puedan plantear un escenario de reformas hacia una economía de mercado que les permita a ellos mismos resolver sus problemas económicos.

Hay una serie de problemas económicos colaterales, como es la posible renovación de los tratados de cooperación, de asociación de la Comunidad Europea con algunos países del Este, como Polonia, Hungría y Checoslovaquia. Es verdad que todos los países de la Europa del Este se han conmocionado probablemente más que nadie con esta crisis y reclaman más ayuda y más cooperación que nunca de la Comunidad Europea.

Hay enormes problemas estratégicos y militares. Creo que una de las grandes cuestiones que probablemente ofrecen más esperanzas de futuro y donde la comunidad internacional, la Comunidad Europea, debe exigir más clarificación a los dirigentes soviéticos, es en el control del armamento nuclear. Serían una serie de manifestaciones de voluntad o preacuerdos de ir mucho más lejos en la destrucción de armamento nuclear y en la reducción de armamentos convencionales en Europa. Estoy de acuerdo con la declaración de la reunión de Ministros de la OTAN sobre que la seguridad europea es indivisible. Esperemos que se trabaje decididamente en este escenario para que la seguridad de Europa sea más indivisible pero que se construya sobre la distensión, sobre las buenas relaciones y no sobre la confusión. Ahí, desde luego, las nuevas autoridades soviéticas, con el tipo de acuerdos que ellas quieran finalmente, deben dar plenas garantías para que no se entre en un escenario de multiplicación de repúblicas independientes con armamento nuclear; problema que generaría gravísimas consecuencias en toda la zona.

Por último, es evidente que el Gobierno y la Comunidad Europea deben trabajar seriamente ante los nuevos escenarios que se abren. Habrá que ver como quedan, finalmente, los procesos de independencia de otra serie de repúblicas. Ha sido relativamente fácil tener una posición común, una posición coherente y fácilmente asimilable en lo que se refiere a las repúblicas bálticas, pero seguramente van a ser mucho más complicadas las relaciones de España, de la Comunidad Europea, con Ucrania y con otra serie de repúblicas importantes que tienen muy

avanzado su proceso de independencia y que es muy cuestionable en qué medida van a dar lugar a una nueva unión de repúblicas soberanas soviéticas.

En cuanto al aspecto concreto que planteaba el señor Ministro respecto a Yugoslavia, por supuesto somos fervientes partidarios de que la Comunidad Europea haga los máximos esfuerzos para evitarla, no sé si ya iniciada, pero quizá inminente, guerra civil. En todo caso, me gustaría conocer el criterio del señor Ministro, si ha hablado ya con la Comunidad Europea, si se puede hablar seriamente, para establecer los controles más rigurosos a la posible venta de armas a Yugoslavia, a todos los sectores implicados, a todas las repúblicas. Un auténtico embargo en el que, probablemente, también sería bueno contar con la colaboración de las nuevas autoridades soviéticas o las autoridades democráticas soviéticas, para intentar al menos congelar la posibilidad de que el conflicto se alargue demasiado en el tiempo, aunque sólo fuera por la sequía de armamentos. Me parece que sería una decisión prudente y la línea en la que debería trabajar seriamente la Comunidad Europea.

Nada más.

El señor **PRESIDENTE**: En nombre del Grupo Parlamento Izquierda Unida-Iniciativa per Catalunya, el señor Espasa tiene la palabra.

El señor **ESPASA OLIVER**: Señor Ministro de Asuntos Exteriores, con gran satisfacción asistimos a esta reunión de la Comisión de Exteriores: satisfacción por compartir con todos los grupos de la Cámara, con el Gobierno también —y no me duelen prendas en expresarlo así al inicio de mi intervención—, el triunfo de la revolución democrática en la Unión Soviética, la derrota del golpe y la derrota de una concepción ideológica y totalitaria de entender el poder y la política. Coincidimos plenamente con todas las fuerzas políticas; hemos coincidido con la —diría— brillante y rápida actuación del Gobierno, del Presidente del Gobierno y del ministro de Asuntos Exteriores, pero quisiéramos señalar también algunos matices y hacer algunas aportaciones y reflexiones propias de nuestra coalición.

Nosotros creemos que el triunfo de la revolución democrática en la Unión Soviética no ha sido sólo —y estamos en parte de acuerdo con lo que ha dicho usted— por la mala preparación del golpe, por la reacción de la comunidad internacional, por la reacción popular —y todo esto ha sido muy importante—, sino también —y ahí quisiéramos subrayar nuestra visión de este gran fenómeno que se ha dado en Europa el 19 de agosto— porque se trataba de los frutos más importantes de la «perestroika» iniciada por el señor Gorbachov, por el señor Shevardnadze y tantos otros. Yo creo que, para decirlo gráficamente, la dispersión institucional que provocó la «perestroika», es decir, lo que conocemos en los regímenes democráticos como los distintos elementos de poder y de equilibrio mutuo del poder, el final del monopolio y del totalitarismo del poder, ha sido lo que ha permitido al pueblo soviético, al pueblo de Leningrado, al señor Yeltsin, al señor She-

vardnadze y a todos los demócratas soviéticos y rusos oponerse a los golpistas. Creo que esto, la existencia de un fuerte impulso democrático puesto en marcha por la «Perestroika», con una dispersión institucional, con la existencia de una prensa libre, con unos parlamentos, el ruso, por ejemplo, que estaba ahí para reunirse y para resistir, con un ejército rojo, ejército del pueblo, que es permeable a las propuestas de democracia de la «perestroika» y no es tan permeable a las propuestas involucionistas, es decir, con una serie de elementos de poder y de equilibrio de este poder como lo entendemos en democracia, ha permitido los distintos heroísmos y actitudes de coraje que saludamos sin ninguna reserva, pero no quisiéramos poner el carro delante de los bueyes. Nosotros creemos que aquí el motor del cambio y del éxito —por personificarlo en alguna persona— es el propio presidente Gorbachov; otra cosa es que en la aldea humana de Mc Luhan valga más la imagen de alguien encaramado a un tanque con un megáfono, que no la del Presidente constitucional de un país que está secuestrado, que recupera el poder y que encarna el poder constitucional de aquel país. Este es un elemento que lanzo como reflexión colateral y que, evidentemente, no es motivo de debate político.

Decía que el triunfo de la revolución democrática ha sido también la derrota de una concepción ideológica y totalitaria del ejercicio del poder y de la política en la Unión Soviética, por la cual nos felicitamos plenamente y creemos que abre una enorme puerta a la esperanza de que, después de este preámbulo que hacía en mi intervención como reconocimiento del triunfo y del valor de la democracia sin ningún tipo de adjetivo, no desaparezca el motor del cambio. ¿Y qué quiero decir con esa no desaparición del motor del cambio? Pues que Izquierda Unida-Iniciativa per Catalunya, como creo que hacen y harán otras fuerzas políticas, apuesta clara y rotundamente por la estabilidad de una nueva y renovada Unión Soviética, por la Unión; apuesta por una Unión de repúblicas libres, soberanas o soviéticas, como decidan sus ciudadanos nombrarse, pero, en definitiva, por una Unión; apuesta por una potencia, como es la Unión Soviética, que sea un foco de estabilidad, de paz, de progreso económico, cultural y social, no sólo para sus ciudadanos, sino también para Europa y para toda la comunidad internacional. Y apostar por la Unión quiere decir apostar por sus legales representantes constitucionales, y no valen veleidades y lecturas en claves de nuestro Estado para reclamar o dejar de reclamar si se debe recibir más a tal Presidente o a tal otro.

Yo, al menos en nombre de mi coalición, quiero expresar la clarísima apuesta por la Unión, por una Unión renovada y democrática; una apuesta que nos involucra a todos: que involucra a la Comunidad Europea, que involucra a las nuevas y recientes democracias del Este europeo, que involucra a todo el proceso de desarme y de distensión —el Acuerdo NIF, el Acuerdo CFE, el Acuerdo START—, que debe continuar; que implica la necesidad de dismantelar el complejo militar industrial, no sólo en la Unión Soviética, sino también en otros países del Oc-

cidente capitalista; que implica la posibilidad de construir un nuevo mundo en paz, distendido y sin los enormes gastos en producción y almacenamiento de armas nucleares. Y todo este papel, todo este motor de cambio, en la línea de enterrar la «guerra fría», en la línea de abrir una esperanza al entendimiento, al desarme y a un mundo pacífico, creo que hemos de reconocer que tiene un gran protagonista en la Unión Soviética, en el señor Gorbachov, en la «perestroika» que empezó su andadura bajo dicho Presidente de este país que ahora se ha visto sacudido por esta revolución democrática del 19 de agosto.

Sobre la modificación de fronteras y el reconocimiento de las Repúblicas bálticas estamos de acuerdo con la posición y el iter que ha seguido el Gobierno, es decir, con el reconocimiento consensuado en el marco de la Comunidad Europea, que nos parece una medida acertada. Pero quisiera señalar el criterio político que rige en nuestro Grupo a la hora de señalar el porqué está de acuerdo, lo ha estado y lo va a estar cuando se traiga al Parlamento la ratificación del reconocimiento de estos Estados. Entre paréntesis, le diría al señor Ministro que no se trata sólo de un acuerdo del Consejo de Ministros, no se trata sólo de un canje de notas, no se trata sólo de que el señor Ministro nos recuerde que entiende que hay consenso entre las fuerzas parlamentarias —y lo hay— sobre el reconocimiento de las Repúblicas bálticas. Se trata de que este consenso se fragüe, se selle y se oficialice en el Parlamento. En este sentido, nos dolió que se aplazase la convocatoria de esta Comisión de Asuntos Exteriores para después de la reunión de los ministros de Asuntos Exteriores de la Comunidad y que no se hubiese celebrado antes, para haber colaborado, desde el arco parlamentario, a fijar nuestra posición.

Decía, pues, que las únicas fronteras que quedaban por modificar o por recomponer democráticamente de las secuelas de la «guerra fría» y de Yalta son tres: la frontera Oder-Neisse, ratificada después por los Parlamentos polaco y alemán —por lo tanto plenamente incorporable a los criterios de la Carta de París—; la frontera de las Repúblicas bálticas, ahora también incorporable al espíritu de la Carta de París, puesto que se ha dado reconocimiento por la comunidad internacional, acuerdo pacífico entre los que solicitan la independencia y quien debe concederla o quien debe acordarla, por ser el país antes ocupante de aquellos países; y la frontera de Moldavia.

Quiero señalar que el criterio de nuestro Grupo para aceptar estas modificaciones y estos reconocimientos es el de liquidar definitivamente todos los residuos de Yalta. En este sentido, nosotros queremos señalar también que queda un último residuo de Yalta en el caso de la frontera moldava. No me pronuncio sobre cuál debe ser la forma del futuro de Moldavia, pero sí sobre que existe este residuo y que el criterio de nuestro Grupo se basa en estas consideraciones para estar de acuerdo, aunque reclamamos del Ministro y del Gobierno que la ratificación del reconocimiento de las Repúblicas bálticas pase por el Parlamento, en la seguridad de que al menos nuestro Grupo va a apoyarlo, y estoy seguro que todos los grupos de la Cámara lo van a hacer también.

En tercer lugar, señor Presidente, señor Ministro, quiero manifestar como nosotros aspiramos a contribuir, con otras fuerzas parlamentarias, desde nuestro país y desde la Comunidad Económica Europea, a la construcción de un mundo nuevo a la construcción de un mundo donde, desaparecida la bipolaridad, nos adentremos en una auténtica y democrática multipolaridad.

Nosotros estamos por un sistema democrático y simétrico de relaciones internacionales, por una aplicación equitativa de los principios del derecho internacional, mejor que por un único intérprete de estos principios del derecho internacional, y en este sentido creemos que debemos revalidar el compromiso de avanzar en la unión política europea como un agente de la política internacional unitario, en diálogo permanente con una renovada Unión Soviética, con los Estados Unidos, con Japón, con la República Popular China y con el conjunto de la comunidad internacional, pero nos parece muy importante subrayar la necesidad de llevar a cabo y avanzar en la unión política europea como respuesta a los retos que ha representado la enorme sacudida de los hechos sucedidos en la Unión Soviética.

Por los mismos criterios que he señalado antes al hablar de las Repúblicas bálticas, nosotros creemos que porque no se da ninguno de los requisitos que prevé la Carta de París y los principios de Helsinki, es decir la CSCE —que nos engloba a todos los Estados europeos, más Estados Unidos y Canadá—, de ninguna manera podemos aceptar hechos consumados, hechos producidos por la fuerza en el caso de Yugoslavia. Y ahí le pediríamos al Gobierno español y al Ministro de Asuntos Exteriores la máxima energía en mantener esta postura, en la que sabe contará con nuestro apoyo. También, cuando decimos la máxima energía nos referimos a ello con un cierto conocimiento de causa. Sabemos que en el seno de la Comunidad hay Estados que no juegan exactamente esta carta y creemos que es responsabilidad de los Gobiernos que conocen estas actitudes denunciarlas pública y políticamente. Sabemos que hay países comunitarios y no comunitarios que están atizando interesadamente, desde una visión pancultural, de una determinada cultura, la posibilidad del reconocimiento de unas u otras repúblicas en el grave y terrible problema de Yugoslavia.

Nosotros quisiéramos ver más energía, más valentía por parte del Gobierno español, no sólo en defender sus posiciones, sino en defenderlas denunciando a los que se salen del consenso comunitario y actúan interesada y torcidamente en un asunto de tanta gravedad como es el de alentar las vías de hecho para conseguir una cierta representación de algunas repúblicas de Yugoslavia. Nosotros estamos por el principio de autodeterminación, por el principio del reconocimiento de la soberanía de los pueblos a decidir sus destinos, pero creemos que hemos firmado el Acuerdo de París, que hemos estado plenamente de acuerdo con el espíritu de la CSCE y que esto lo hemos de traducir en nuestra política exterior.

Finalmente y para terminar, de forma breve, señor Presidente, nosotros quisiéramos denunciar también como lo ha hecho ya algún portavoz, la excesiva prudencia —yo

me atrevería a decir cicatería— de la comunidad internacional y de los países más industrializados del planeta en la ayuda económica, cultural y técnica dispensada hasta ahora a la Unión Soviética y en la que se le debería dispensar para producir una transición lo más suave posible a la incorporación de la Unión Soviética al sistema económico mundial. Creemos que aquí ha habido no sólo excesiva prudencia, sino que seguramente se puede hablar también de cicatería; probablemente parte de la responsabilidad en lo sucedido el 19 de agosto —parte digo y no sé qué parte, ni estoy en condiciones de calificarla— se ha debido a esta excesiva prudencia y resistencia a ayudar clara y francamente a esta transición, también económica, de la Unión Soviética. Nosotros quisiéramos que España contribuyese, en la medida de sus posibilidades y en la medida de su audiencia en el marco de la Comunidad y en el marco internacional, a corregir este estado de cosas y a apostar claramente por la cooperación económica, política, cultural, social, etcétera, con la Unión Soviética, desde Europa en primer lugar, pero también desde toda la comunidad internacional.

Estas eran, Señor Presidente, señor Ministro, las reflexiones que quería exponerle. Creo que de ellas se desprende un grado muy elevado de acuerdo con su exposición y con el resto de las fuerzas políticas, de lo cual no queremos en ningún momento dudar en felicitarnos.

El señor **PRESIDENTE**: Muchas gracias, señor Espasa.

En nombre del Grupo Parlamentario Catalán (Convergència i Unió), tiene la palabra el señor Durán i Lleida.

El señor **DURAN I LLEIDA**: Con mis primeras palabras quiero agradecer al señor Ministro la información facilitada en esta comparecencia sobre los acontecimientos más recientemente acaecidos en la Unión Soviética y, más particularmente, sobre la posición sostenida respecto a los mismos por el Gobierno español y por la Comunidad Europea.

De antemano quiero manifestar al señor Ministro y a la Comisión de Asuntos Exteriores nuestra coincidencia en términos generales con la actitud del Gobierno que usted representa ante el fracasado golpe en la Unión Soviética, coincidencia que forzosamente tiene algún matiz que no querría que ensombreciese lo que de consenso y de concordancia tiene con lo más sustancial de la posición que ha mantenido el Gobierno español.

Permítame también, señor Presidente, que, como previa consideración, incluya una reflexión que no quiere ser crítica ni mucho menos dirigida al Gobierno ni a nadie en particular, sino, quizás, a todos en general. Tendría, en todo caso, más de autocrítica positiva que de otra cosa.

Creo que la sesión de hoy de la Comisión de Asuntos Exteriores debiera haberse celebrado quizás con anterioridad, con mayor puntualidad, más a caballo de los primeros y gravísimos acontecimientos en la Unión Soviética. Otros Parlamentos europeos, al menos yo conozco directamente alguno de ellos, así me consta que lo hicieron. Pero, insisto, señor Presidente y señor Ministro particu-

larmente, en que no desearía que esto se interpretase como una crítica.

Por otra parte, quiero también agradecer la información que puntualmente —poca, por cierto, todo hay que decirlo, pero poca era la información que se tenía—, el Gobierno ha facilitado a los grupos parlamentarios, al menos al nuestro. En ese sentido también quiero hacer público nuestro agradecimiento.

Hoy, a toro pasado, cuando analizamos los acontecimientos, especialmente a toro pasado de los primeros movimientos y las primeras consecuencias, sigue siendo buena la oportunidad de trasladar a la opinión pública, a esta Cámara y al Gobierno algunas de las reflexiones que nuestro Grupo parlamentario quiere hacer ahora en voz alta.

No creo que sea de mucho provecho para los intereses de esta Cámara abrir ahora un debate profundo sobre los motivos de los que secundaron el golpe, sobre el grado de implicación de algunos dirigentes o, incluso, sobre otros contenidos de la trama golpista. Por nuestra parte, creo que será suficiente señalar y recordar nuestra más enérgica condena, desde primera hora y sin ningún matiz —como la del Gobierno—, de los actos golpistas, que tenían como único objetivo abortar las reformas, cada vez más mitigadas, a nuestro entender, que comportaba la «perestroika» del Presidente Gorbachov, con especial referencia condenatoria a la violencia y a los atentados contra la vida que en el transcurso de estos acontecimientos se produjeron.

Qué duda cabe que coincidimos también con el Gobierno en la valoración de aquellos aspectos que el Ejecutivo entiende y nosotros también que influyeron para que realmente se abortase ese intento de golpe de Estado: la actitud unánime de la comunidad internacional, de la Comunidad Europea, en la que España, como reflejó muy acertadamente el señor Ministro, fue en cualquier caso pionera, de limitar y suspender automáticamente cualquier ayuda económica, con lo que yo creo que debe tomarse buena nota de que de la misma manera que la paz era ya incorporada como un valor universal, la democracia también debe ser considerada como un valor universal y en cuya defensa hay que ser beligerante en el país en que se produzca un atentado contra ella; la actuación del pueblo soviético, del ruso en particular, y la actuación de algunos dirigentes rusos y soviéticos en particular.

Qué duda cabe, señor Presidente, que el análisis de las causas —aunque sería más justo hablar de pretextos— que avalaron el frustrado golpe puede llevarnos a aquella clásica discusión de si es antes el huevo o la gallina. Se dice, por una parte, que los golpistas aprovecharon la precariedad, no ya del sistema económico, sino incluso del abastecimiento de primeras necesidades, para justificar sus acciones, y se añade a su vez que Occidente es responsable de las limitaciones que sufre la población soviética por no haber ayudado económicamente en grado suficiente a la URSS. Y Occidente se excusa a su vez afirmando que para materializar la importante inyección económica que la Unión Soviética precisa es requisito previo profundizar sin límites en las reformas democráticas. En ese sentido, la actitud del Grupo de los Siete sintetizó clara-

mente esta posición de la comunidad occidental. Había, por tanto, que optar por romper este círculo vicioso ayudando sin reformas o reformando sin ayudas.

Seguramente, a Gorbachov no le quedó otro remedio que aliarse, como lo hizo de hecho, con las posiciones más conservadoras dentro del PCUS, y la dimisión del Ministro de Asuntos Exteriores fue un claro aviso de esa alianza y de las consecuencias de la misma —hacía referencia en su exposición a esa conversación privada de nuestro Ministro de Asuntos Exteriores con el señor Shevardnadze un mes después de su dimisión. Pero, también, a su vez, estamos convencidos de que Occidente, y de una manera particular la Comunidad Europea, no podía ir más allá en sus ayudas sin una garantía más rigurosa de las libertades democráticas en la Unión Soviética, y esa actitud, que compartíamos antes del golpe, la seguimos compartiendo más si cabe tras los graves acontecimientos que ocupan hoy a esta Comisión. Occidente, la Comunidad Europea especialmente, debe exigir en el futuro estrictas garantías de consolidación de la auténtica revolución que el golpe ha originado y volcarse, en contrapartida, en ayudas económicas, en asistencia técnica, en aquellas ayudas más prioritarias, de urgente necesidad para la población soviética.

Al hilo de algunas referencias que en determinados medios de comunicación se hicieron a lo largo de los días que duró esta grave situación en la Unión Soviética, en el sentido de que alguien pudiera llegar a justificar o, como mínimo, hablar de que el golpe podría servir para, en cualquier caso, paralizar inquietudes excesivas que había que calmar, quisiera decir que nuestro Grupo Parlamentario entiende justamente que la filosofía de los gobiernos occidentales debe ser todo lo contrario. Como decíamos antes, esperamos que el golpe sirva para acelerar muchas y necesarias reformas, que son, en definitiva, el auténtico espíritu de la «perestroika». Calmar inquietudes excesivas no serviría absolutamente para nada más que para alargar de forma peligrosa —y para muestra el mismo botón del golpe— el carácter de exclusividad por parte de pocos de algo que debe ser patrimonio de todos. La libertad no puede tener otro límite que la misma libertad, y la reivindicación de más libertad individual o más libertad colectiva, con el límite ya señalado, no puede ser calmada, sino alentada, y éste es el aliento que esperamos de el Gobierno español a las autoridades soviéticas.

En el marco de este mismo aliento, quiero introducir otra reflexión. Las consecuencias del golpe, en el orden personal, al menos en sus primeros días, han debilitado aparentemente a Gorbachov; sin duda, y muy justamente, han fortalecido al dirigente ruso Boris Yeltsin, y abro aquí un paréntesis para rendir un tributo al coraje y valor político del dirigente ruso, y aprovecho tal reconocimiento para lamentar que otros, entre los que no tengo otro remedio que incluir al Gobierno, hayan tenido que esperar a un golpe de Estado para hacer justicia a Boris Yeltsin, con el que sin duda pueden tenerse reservas políticas, y yo las tengo, pero, en cualquier caso, el futuro nos dirá hasta qué extremo son o no justificables. Pero lo que quería resaltar, señor Presidente, era la necesidad de

conjuguar el binomio Gorbachov-Yeltsin; cualquier acción encaminada a que ese entendimiento sea posible creo que es positiva para todos.

No sé cuál será la suerte final del PCUS, aunque las crónicas vislumbran una muerte anunciada, pero algunos de sus cuadros, debidamente reciclados, resultarán sin duda necesarios para la transformación en democracia y en libertad en la Unión Soviética, y de eso desde España puede hablarse con una cierta autoridad. Todos necesitamos una Unión Soviética en línea de sus compromisos más recientemente adoptados en el marco internacional, especialmente en el europeo, en el ámbito nuclear, en el ámbito del desarme, en el ámbito de la seguridad y de la cooperación europea.

Permítame también, señor Presidente, que exponga nuestro criterio sobre otro aspecto que sigue siendo de rabiosa actualidad, que lo fue antes del golpe, que incluso llegó a justificarse en algunos medios en esa situación, que lo es ahora y que sin duda lo será en el futuro, y no solamente, como ya se ha puesto de relieve en diversas intervenciones, y en la propia del señor Ministro, en la Unión Soviética. Me refiero al componente que aporta la defensa de las libertades colectivas y, por tanto, a las reivindicaciones nacionales en el seno de la Unión Soviética, y, en consecuencia, me refiero a uno de los matices que nuestro Grupo Parlamentario formula al posicionamiento del Gobierno en torno a las Repúblicas bálticas.

Nos satisface, qué duda cabe, y nos felicitamos del reconocimiento en el marco de la Comunidad Europea, pero no podemos dejar de acusar la lentitud y de actuar bajo un cierto complejo, un cierto síndrome muy específico, muy poco justificado, al Gobierno español. Ello sin perjuicio de coincidir, a grandes trazos, con la tesis que el propio Ministro sustentaba en su exposición, de la necesidad de que la Unión Soviética no avance hacia una desintegración territorial, y espero y deseo que esa efervescencia que inicialmente muchas de las repúblicas han tenido pueda llegarse a resituar y realmente haya, a través de un nuevo Tratado de la Unión, una solución para muchas de las que hoy reclaman independencia.

Pero el Gobierno español, a nuestro entender, ha reconocido a destiempo a las Repúblicas bálticas. Ha sido, además, el Gobierno comunitario (al menos de los más importantes) que más ha dudado en ese reconocimiento. El señor Ministro nos remitía a su declaración en una fecha concreta en el Senado. Otras formulaciones del Gobierno y del propio Ministro en tiempos anteriores y posteriores matizarían esa misma actitud del Gobierno. En cualquier caso, esta posición que yo mantengo no es simplemente una posición partidista. De la lectura de la prensa europea recuerdo especialmente un análisis que el «Financial Times» hacía en su edición del 24-25 de agosto en torno a la posición de los diversos Gobiernos de las Comunidades Europeas sobre el reconocimiento de las Repúblicas bálticas, análisis que coincidía con la valoración que yo acabo de formular, y coincidía incluso con la justificación de esa valoración: el temor, en cierta manera, a una demanda parecida de vascos y catalanes les crea una coraza de prevención que rehúye todo aquello que

pueda justificar posicionamientos políticos parecidos en el contexto español.

No nos vale que el Gobierno se justifique en su vocación europeísta —que nosotros por supuesto también tenemos— y en su expresado deseo de tomar una decisión en el marco de la añorada política exterior común europea. Eso es, señor Ministro, sólo una excusa. Alemania, Bélgica, Italia, e incluso el Ministro de Asuntos Exteriores francés, sin dejar de expresar su deseo de adoptar una decisión en el marco comunitario, y, por tanto, limitando la propia expresión, manifestaron muy claramente una actitud favorable al reconocimiento de las Repúblicas bálticas.

Señor Ministro, yo no le pediría al Gobierno que ustedes hicieran, lo que Dinamarca hizo, que sin duda priorizó su posición respecto a la común europea; pero si les criticamos que no fueran al marco comunitario con una pública y decidida posición, y además, como hacía referencia ya el portavoz de Izquierda Unida-Iniciativa per Catalunya, consolidada y respaldada por este mismo Parlamento, en favor del reconocimiento que en otras ocasiones, cuando algún grupo parlamentario lo planteó, la misma Cámara rechazó. Repito, comportamiento que fue el que siguieron otros países comunitarios que estiman y valoran tanto como nosotros esa política exterior comunitaria.

Señor Presidente, señor Ministro, señorías, al hilo de esta intervención, me parecería desaprovechar una oportunidad histórica si en el marco de este mismo Parlamento no expusiera ahora, como tantas otras veces lo hemos hecho, en otros foros, cuál es nuestra actitud en torno a eso que yo decía, y en lo que coincidía el «Financial Times», que justificaba la acomplexada actitud del Gobierno español.

Estoy de acuerdo en que lo sucedido en y con estas Repúblicas bálticas no es extrapolable a Cataluña, no es extrapolable al País Vasco y no es extrapolable al conjunto del Estado español. No creo tampoco, señor Ministro, que una comparación de esos procesos pueda merecer, en democracia al menos, el calificativo de «simpleza» —al menos así lo leí— como se le atribuía a usted, señor Ministro —en caso de no ser cierto, por supuesto queda retirada esa alusión—. Pienso que sería bueno que el Gobierno español dejara de tener reticencias, que las tiene. Es evidente que el contexto actual económico, social, histórico, político de Cataluña o de Lituania, Estonia o Letonia son simplemente diferentes. Es evidente que la situación del propio Estado de la Unión Soviética o de Yugoslavia es diferente de España, del Estado español. Son Estados más jóvenes en los que, además, la libertad es un factor que marca también el proceso de reivindicación de las naciones, tras décadas de negación de la misma por la dictadura comunista. Ellos quieren, además, acercarse hacia Europa, y nosotros estamos ya en Europa y, por tanto, no participamos de la reproducción de ese proceso en España, no por cuestión de derechos, que los hay, sino por cuestión de voluntades políticas. Por tanto, que nadie se inquiete, al menos en aquello que nosotros representamos.

Si esto es así de cierto, no lo es menos que no puede afirmarse aquello que alguien ha dicho de que aquí no ha pasado absolutamente nada. El Gobierno español debe tomar nota de que sus posiciones de respeto ante nacionalidades de otros Estados van más allá en sus pretensiones que las que tiene esta fuerza política a la que yo represento, las haya adoptado por, digamos, imperativo legal o las haya adoptado con toda la voluntad y pleno consentimiento político, deben tener su reflejo en futuras sensibilidades ante hechos diferenciados que conviven y quieren convivir en el marco de un Estado que reclamamos plurinacional. Actitudes displicentes a veces con nuestra lengua, nuestra cultura y, en definitiva, con nuestro hecho nacional serán todavía menos justificables y menos comprensibles en el futuro.

No quiero acabar mis palabras sin hacer referencia a otro de los aspectos que en la intervención del señor Ministro también se ha tomado, coincidiendo además con la reunión del último Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores, donde también se trató. Me refiero al tema yugoslavo. Recuerdo una comparecencia del señor Ministro en Comisión para rendir cuentas de alguna de las sesiones del Consejo de Ministros Europeo, en la que yo le preguntaba cuál era la posición del Gobierno español en torno a la situación yugoslava, y recuerdo que el señor Ministro me remitía la respuesta afirmando que si de lo que se trataba era de defender varias Yugoslavias, el Gobierno español entendía que debía existir una única Yugoslavia.

Nuestro Grupo Parlamentario da pleno apoyo al ejercicio del derecho de autodeterminación y de independencia de Eslovenia y de Croacia y urge al Gobierno español a que, en el marco de la Comunidad Europea, exija que Serbia no imponga, por la fuerza, como se está llevando a cabo, a aquellos pueblos que han elegido la libertad algo que nadie quiere para sí mismo.

Muchas gracias, señor Ministro.

El señor **PRESIDENTE**: En nombre del Grupo Parlamentario Popular, tiene la palabra el señor Rupérez. El señor Rupérez, tal como se ha comunicado a la Comisión por parte del Grupo Parlamentario Popular, es el nuevo portavoz de este Grupo ante la Comisión. Le saludamos en el ejercicio de su nueva función, al tiempo que —y creo que expreso el sentir común de toda la Comisión— queremos enviar también nuestro reconocimiento a quien hasta ahora ha sido portavoz del Grupo Popular en la misma, señor Herrero y Rodríguez de Miñón, por su excelente trabajo en la preparación y desarrollo de esta Comisión.

Tiene la palabra el señor Rupérez.

El señor **RUPÉREZ RUBIO**: Muchas gracias, señor Presidente, por sus amables palabras de bienvenida. Pondré el máximo empeño para que, en la medida de mis posibilidades, pueda estar a la altura de las mismas. Gracias, también, por sus amables palabras dirigidas a mi predecesor en este puesto, palabras que naturalmente no dejaré de transmitir y que, en cualquier caso, como Grupo le agradecemos.

Señor Presidente, señor Ministro, quiero darle las gracias por su presencia. Como no siempre hemos coincidido con las evaluaciones que el Gobierno ha podido hacer de determinados acontecimientos internacionales, y como a veces tampoco hemos estado de acuerdo con la falta de premura en las reacciones de este Gobierno, quiero empezar mis palabras precisamente subrayando lo que a nosotros nos parece adecuado ritmo en la reacción frente al fracasado golpe que recientemente tuvo lugar en la Unión Soviética, tanto como a la evaluación y calificación que tales acontecimientos merecieron por parte del Gobierno. Tanto en la premura como en esa calificación, el Grupo Popular quiere subrayar, como digo, su pleno acuerdo. Sin embargo, pensamos que es necesario referirse, por brevemente que sea, a algunas de las lecciones inmediatas de lo ocurrido, no tanto por un prurito de recrearse en lo que ha pasado, sino por la necesidad de obtener algún tipo de proyección de comportamiento de cara al futuro.

El golpe soviético —desde ese punto de vista sí cabe obtener algunos paralelismos con el golpe que en esta misma Casa sufrimos algunos de los que estamos sentados en esta Comisión de Asuntos Exteriores, usted mismo, señor Ministro— se produjo en el vacío, como recientemente se producen todos los golpes; era un golpe desplazado en el tiempo; era un golpe desplazado en el sentimiento de las gentes; era un golpe terriblemente anacrónico, como demostró esa práctica completamente desaparecida, pero que los golpistas creían que todavía tenía alguna eficacia, del recurso al falso parte médico; era un golpe, por otra parte, que dio origen a esa bella y emocionante reacción de todo un pueblo levantándose en aras de su propia libertad. Todos aquellos que hemos sufrido y luchado por nuestra libertad sabemos apreciar no únicamente la belleza, sino también la importancia de ese gesto popular.

Al mismo tiempo, el golpe ha tenido una serie de consecuencias políticas, nacionales e internacionales, a las cuales no podemos ser ajenos. Por una parte, ha supuesto una sustitución o una igualación de liderazgos, por lo menos en lo que en estos momentos podemos apreciar; no sabemos si en la velocidad de los acontecimientos que la misma revolución del pueblo soviético en estos momentos está imprimiendo cabrá equilibrar esos liderazgos, pero qué duda cabe que el golpe trajo consigo ese reequilibrio o esa sustitución de liderazgos. Ha supuesto también una catarsis definitiva de las percepciones que la clase política y el pueblo soviético en general se hacían sobre su propia situación. Ha supuesto —y también en eso tenemos ejemplos a los que referirnos— una situación en la que el futuro que los golpistas querían evitar de repente y de golpe se ha hecho inevitable, pero asimismo todas las tensiones acumuladas durante decenios de dictadura comunista han saltado de repente y en un solo momento.

Hemos podido hacer toda una evaluación de lo que ha significado la «perestroika» de Gorbachov desde el punto de vista de lo que era un reformismo que, como todos los reformismos, ha tenido mucho de vacilante pero que, al mismo tiempo, más allá o más acá de la incertidumbre de los métodos utilizados, ha producido —hay que reco-

nocerlo— resultados al menos parcialmente espectaculares. No podemos olvidar que la implantación de ese sentimiento democrático que al final se ha revelado en contra de la opresión y de la dictadura era producto de la «perestroika» de Gorbachov. Ese sentimiento participativo en el interior era directamente producto de ese proceso de reforma. Desde luego, en el exterior tenemos que reconocer que se ha producido una alteración drástica de los hitos fundamentales del comportamiento internacional, tal como los conocíamos en las cuatro o cinco décadas de la guerra fría. Son datos e hitos históricos que tienen una relevancia enorme en las percepciones que en este momento nos podemos hacer con respecto a lo que es la evolución reciente de la Unión Soviética.

Podemos decir que los resultados han sido mejor fuera que dentro, pero, en cualquier caso, son significativos cuando no abiertamente magníficos. Al mismo tiempo, la «perestroika» ha sido causa y consecuencia del descubrimiento de las gravísimas fallas que se habían producido en el sistema del socialismo real en el curso de los setenta años que había conocido la Unión Soviética bajo ese sistema. Un sistema económico radicalmente en quiebra, tan radicalmente en quiebra que hoy sigue mostrando todavía su incapacidad para la atención de necesidades básicas; un sistema político que no había conseguido tener la más mínima capacidad de legitimación; y un país que estaba artificialmente soldado por la fuerza y con un número importante y grave de problemas nacionales pendientes. Prácticamente todos los problemas nacionales que en la Unión Soviética se producían hace setenta años —podríamos decir exactamente lo mismo de Yugoslavia— están hoy, después de setenta años de dictadura comunista, de práctica del socialismo real, exactamente donde estaban.

Todo ello ha quedado irremediablemente al descubierto de una manera radical, tanto que hoy lo que era la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas prácticamente ha dejado de ser unión, ha dejado de ser socialista, ha dejado de ser soviética. Incluso viendo determinadas informaciones que aparecen en los medios de comunicación de hoy mismo nos podríamos llegar a preguntar si van a seguir siendo repúblicas. Tanto también que podemos comenzar a preguntarnos si este ente internacional que conocíamos como la Unión Soviética todavía existe; tanto también que podríamos dar perfectamente la razón a Andrei Amalrick cuando se preguntaba si la Unión Soviética sobreviviría hasta 1984, hasta la fecha orwelliana. Hoy sabemos que no ha podido sobrevivir. De hecho, Amalrick sólo se equivocó en su profecía por unos pocos años. Lo que es una pena es que ni Amalrick ni otras tantas decenas de millones de seres que han muerto precisamente por la existencia de ese país que se llamaba la Unión Soviética no hayan sobrevivido para contemplarlo.

Las esperanzas que la «perestroika» suscitaba eran múltiples. Usted mismo, señor Ministro, en alguna ocasión se ha referido, como tantos otros analistas internacionales, a ese paralelismo de la tercera guerra mundial que había tenido lugar de una manera incruenta y que la Unión Soviética había perdido. Esa pérdida de la tercera

guerra mundial, sin embargo, había abierto el camino hacia un sistema rudimentario, pero claramente dirigido hacia la economía de mercado, hacia la democracia parlamentaria. Por supuesto todos entendíamos y dábamos por supuesto que la URSS mantendría un principio de unidad, aun con una redefinición federalista de las relaciones entre la unión y las repúblicas federadas y, desde un primer momento, independientemente del ritmo que esa situación siguiera, con una aplicación específica a las tres repúblicas bálticas. Estonia, Lituania y Letonia debían poder contemplar a medio plazo la independencia pactada que compensara de una manera radical el modo aberrante en que la perdieron. Desde ese punto de vista, el pacto Molotov-Ribbentrop no podía tener ninguna legitimación «a posteriori». Desde ese punto de vista, no se trataba de contemplar el nacionalismo báltico como mejor o peor, de más o menos calidad que otros nacionalismos, sino simplemente como el hecho de una determinada vindicación histórica. Los Bálticos necesitaban la recuperación de esa independencia que en su momento les había sido inicuaamente arrebatada.

Por otra parte, se había planteado también la ayuda económica occidental para la reconstrucción económica, quizá recordando un poco los principios que había sentido Keynes, al final de la Primera Guerra Mundial, cuando hablaba de las consecuencias económicas de la paz. Al mismo tiempo, «la perestroika» significaba la apertura de una época de cooperación, de una Unión Soviética cooperadora en el plano internacional, como antes nunca se había contemplado, siempre dentro de un concepto en el que la Unión Soviética mantenía su rango de gran potencia que tenía, por lo menos, dos subrayados precisos: uno, su carácter de miembro permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas; otro, su carácter de potencia nuclear. Hay que recordar al respecto que, según los cálculos que se pueden hacer fácilmente consultando los manuales al uso, en este momento nos encontramos con una Unión Soviética que tiene más o menos 12.000 cabezas nucleares estratégicas, con un número menos fácilmente determinable de cabezas tácticas —como sabemos, repartidas en varias de las repúblicas que en este momento reclaman su independencia—, y con un número indeterminado de cabezas nucleares de teatro.

En definitiva, la «perestroika» significaba en el interior y para todos aquellos que la contemplábamos con simpatía y con esperanza en el exterior, una apuesta por el cambio en estabilidad, y no precisamente cualquier estabilidad, sino la basada en la democracia. Para ello había dos elementos muy claros de referencia en los textos internacionales: uno, el Acta Final de la Conferencia sobre la Seguridad y Cooperación en Europa de Helsinki y, por otra parte, el Acta de París de la misma Conferencia. En cualquier caso, estabilidad al fin y al cabo. Gran parte de eso —tenemos que reconocerlo— ha venido a saltar por los aires como consecuencia del frustrado golpe en la Unión Soviética. Tenemos que enfrentarnos a la terrible crudeza de los hechos. En este momento, como consecuencia de los acontecimientos posteriores al golpe, no podemos decir con claridad quién es el que manda en la Unión So-

viética; no podemos decir con claridad quién es el responsable, individual o colectivo, de los asuntos soviéticos en el terreno de la economía, en el terreno de las instituciones, en el terreno de la política o en el terreno de la seguridad militar. Sabemos que no cabía absolutamente ninguna reforma en la Unión Soviética. Sabíamos —y sabemos en este momento— que 70 años de historia han sido violentamente arrojados por la alcantarilla de esa misma historia. Sabemos que el socialista real ha sido arrojado por ese escotillón histórico por los descendientes de aquellos que le dieron forma de doctrina política y estructura estatal.

Con todo esto se ha venido abajo también toda una serie de categorías políticas, económicas, filosóficas o puramente intelectuales. Quizá quepa recordar lo que Malraux en su momento decía cuando, refiriéndose a los partidos comunistas, señalaba que el problema no era que estuvieran a la derecha o a la izquierda, sino que estaban simplemente en Moscú. Lo que ocurre es que en este momento tampoco sabemos exactamente dónde está Moscú.

Tenemos que revisar los análisis inerciales que veníamos haciéndonos hasta ahora. La «perestroika» como sistema de tránsito ha muerto, hoy sólo cabe como propuesta para la Unión Soviética, desde el punto de vista más radical, una propuesta democrática, pluralista y parlamentaria, que no tenga ni dilaciones ni cortapisas. Desde ese punto de vista, la renuncia del propio Gorbachov al Partido Comunista de la Unión Soviética y su práctica desaparición es un reconocimiento implícito de tal necesidad.

El carisma popular e imprevisible de Yeltsin ciertamente ha hurtado casi por completo el protagonismo de Gorbachov, y no se trata de preferir tal o cual liderazgo. Lo cierto es que Gorbachov hoy se encuentra desprovisto del aura política y de los poderes «institucionales» que hasta hace poco tenía. Tampoco aquí cabe el análisis basado únicamente en la inercia. Muchos habíamos deseado la posibilidad del entendimiento entre los dos líderes como la manera de ofrecer una capacidad real de evolución estable y en el cambio a través del entendimiento entre esos dos. También hoy podemos preguntarnos si eso es posible.

Se hubiera podido y debido hacer en circunstancias relativamente normales, con o sin arrepentimientos. Observo por parte de algunos portavoces aquí y fuera de esta Cámara una cierta tendencia a ofrecer explicaciones por la cicatería occidental, como si de la cicatería occidental hubiera dependido el golpe. Yo creo que los golpes dependen de los golpistas y la responsabilidad de los golpes está en los golpistas. Naturalmente, eso no impide ni empuja el que hagamos otro tipo de reflexiones, pero hay que recordar también dónde están las responsabilidades.

En primer lugar, nos podemos preguntar todavía si cabe una especie de nuevo Plan Marshall para la reconstrucción económica de la Unión Soviética. Recordemos lo que significó el Plan Marshall en su momento: los Estados Unidos durante cinco años dedicaron el 2 por ciento de su producto interno bruto a la reconstrucción económica europea, de acuerdo con unas condiciones muy pre-

cisamente establecidas desde el punto de vista del comportamiento económico y político. Podemos hacernos la propia reflexión cambiando los números y las magnitudes, pero a lo mejor ése es un buen ejemplo a seguir.

En segundo lugar, es cierto que podemos, y debemos esperar una flexibilización de los lazos de la Unión de acuerdo con fórmulas federalistas europeas y americanas.

En tercer lugar, en cualquier caso tenemos derecho a esperar y a exigir la continuación de los grandes procesos internacionales, fundamentalmente sobre aspectos relativos a la seguridad, y, desde ese punto de vista, la continuación de todos los aspectos relativos a la reducción de armamentos, tanto convencionales como nucleares.

Me parece, señor Ministro, que éste es un tema que no puede ser agotado en una sola comparecencia suya y con unas intervenciones nuestras, porque creo que es importante que ese tema también se tenga en cuenta en cualquier tipo de proceso de negociación futuro, hasta el extremo de que en este momento creo que con cierta radicalidad (lo digo meditando en voz alta) podríamos preguntarnos si no era éste el momento de llegar a una propuesta radical sobre reducción y desaparición de armamentos nucleares en el mundo. Desde luego, lo que está claro es que los armamentos nucleares que en este momento existen en la Unión Soviética han dejado completamente de tener alguna finalidad cuando, según los analistas, podemos encontrarnos con dificultades para asegurar el control de la utilización de tales armamentos, sobre todo en el terreno de las armas tácticas y de las armas de teatro. La posibilidad de algún conflicto civil surgido en las repúblicas ex soviéticas, en donde se pudiera registrar la utilización de armamento nuclear, no deja de producir profundos escalofríos. En cualquier caso, debemos insistir de nuevo en la misma idea: tránsito en la estabilidad. Lo que pasa es que quizás esa estabilidad y esa pacificación en el tránsito no ha sido posible por la misma podredumbre del sistema.

Lo que está pasando en este momento nos hace ver, por una parte, el estallido nacionalista, que es la consecuencia directa del posible y, por nuestra parte, no deseable estallido de la Unión Soviética. Es cierto, es loable, es legítimo y es inevitable que los oprimidos aprovechen para la reclamación inmediata de sus derechos allí donde se produce la primera ocasión favorable. Pero no es menos cierto —y tenemos que decirlo— que hubiera bastado con la afirmación, reconocimiento y respeto de los derechos individuales de todos los habitantes de la Unión Soviética para garantizar el respeto de los derechos colectivos. Sin embargo, a la inversa, si todo el énfasis y únicamente el énfasis se pone en el respeto y en el reconocimiento de los derechos colectivos, no sólo pueden llegar a conculcarse derechos individuales, sino que, además, los factores de inestabilidad en la vida internacional se pueden convertir en un dato permanente y grave.

Tenemos que recordar para todos aquellos que piensan que lo importante son los derechos colectivos, que cualquier apuesta por la inestabilidad, cualquier pérdida de la estabilidad, en esa pérdida de la estabilidad se encuentra también, eventualmente, la pérdida de otros muchos

factores, entre ellos la pérdida del respeto a los derechos humanos individuales.

Nosotros creemos que la aceleración incontrolada del momento puede ofrecernos, en cierto plazo, si no somos extraordinariamente cautelosos, si no utilizamos, desde el punto de vista de lo que es la posibilidad y la responsabilidad nacional española en el contexto europeo y en el contexto occidental, una multiplicación, una proliferación enorme, y desde nuestro punto de vista injustificada, de actores internacionales. Y muchos de esos nuevos actores o que pretenden serlo, como acabo de decir, tienen o pretenden tener en su propiedad armas nucleares.

En definitiva, nos parece que el vértigo histórico que comenzó con la caída del muro de Berlín y con la unificación alemana todavía no ha alcanzado plenamente fondo. Nos habíamos hecho una determinada idea, hecha a medias de voluntarismo, a medias de buenas intenciones, por la que queríamos decir que sabíamos, que podíamos y que estábamos en situación de ayudar, porque también creíamos que las cosas siempre tienen remedio, que las cosas pueden arreglarse. A lo mejor llega una determinada circunstancia histórica en la que humilde, modesta y realísticamente, tenemos que reconocer que las cosas o no tienen arreglo o no tienen arreglo inmediato, o no tienen cura fácil. Consiguientemente, también podemos y debemos reconocer que en este momento la situación de la Unión Soviética nos hace ver que no es fácil percibir dónde está el control más de lo que dicten los políticos del momento o los movimientos asamblearios que en este momento tienen claramente un alcance revolucionario.

En esa perspectiva, señor Presidente, señor Ministro, nuestras conclusiones provisionales, como no podían ser menos, serían las siguientes. Primero, casi una recomendación de tipo político-intelectual a la que el señor Ministro seguramente no se mostrará ajeno, y cual es que la contemplación atenta, diaria e inmediata de los acontecimientos tiene que ser la norma habitual de estos momentos de tribulación, porque al fin y al cabo debemos saber que la maduración de los acontecimientos no depende, desgraciadamente, de lo que nosotros deseamos, sino que depende, sobre todo, de las relaciones de fuerza que se vayan estabilizando y manteniendo en la Unión Soviética.

Segundo, en cualquier análisis internacional oscilamos siempre entre el intento de la profecía y la explicación de preferencias y, al final, siempre tenemos que intentar combinar ambos aspectos para dar no sólo una determinada visión más o menos acertada de la realidad, sino, al mismo tiempo, intentar configurar esa realidad de acuerdo con nuestras preferencias.

En este momento es difícil hacer profecías, pero no es difícil expresar esas preferencias. No creo mostrarme demasiado lejano de las que expresa el Gobierno español en estos momentos si digo que para nosotros es importante que la evolución de las relaciones políticas, económicas, de seguridad o militares en la Unión Soviética debería ser compatible, en la medida de lo posible, y con la excepción mencionada de los Países Bálticos, con el mantenimiento de las fronteras actuales de la Unión Soviética.

Nos parece que razones de estabilidad y de responsabilidad histórica internacional hacen pensar que ésa sería la mejor de las soluciones en el contexto al que me he referido. En cualquier caso, si cabría expresar la esperanza de que si hay —y no lo deseamos ni lo contemplamos ni lo queremos— adicionales secesiones o independencias, se produzcan siempre pactadamente y, desde luego, nosotros siempre apoyaremos una línea en donde no se reconozca ningún tipo de situación internacional creada por la fuerza.

Tercero, en todos los casos —hábale de la unidad o de la diversidad—, la exigencia común occidental, en la medida en que también estamos hablando de responsabilidades que seguramente tendrán y que deberán tener una manifestación de tipo económico, deberá consistir en el establecimiento de sistemas democráticos, parlamentarios y pluralistas.

Cuarto, las medidas de reconstrucción económica por las que en este momento todos estamos preocupados, dentro y fuera de la Unión Soviética, podrán y deberán arbitrarse en el conjunto de países formados por la Comunidad Económica Europea, los Estados Unidos, Japón y Canadá, de acuerdo con fórmulas estrictas en cuanto a cuantías, tiempos y condiciones políticas, económicas y comportamientos de seguridad. Quiero recordar al respecto que aún en estos momentos, según nuestros cálculos, la Unión Soviética sigue dedicando entre el 15 y el 17 por ciento de su producto interior bruto a gastos militares. Esas cuantías, tiempos y condiciones no se aplicarían necesariamente a las ayudas más urgentes de tipo humanitario.

Quinto, nos parece fundamental en todo este proceso la coordinación de las decisiones europeas y occidentales. Por mucho que el señor Ministro haya intentado ser piadoso con los comportamientos de determinados países miembros de la Comunidad, a nosotros nos parece que el apresuramiento que algunos de ellos han mostrado, algunos incluso más próximos a otro tipo de agrupamientos regionales que el propio de la Comunidad Económica Europea, muestra aspectos de meditación preocupante para el funcionamiento de la cooperación política europea y de la política exterior común. No es así como nosotros concebimos el funcionamiento de la integración de la política exterior de la Comunidad. Desde ese punto de vista, quiero transmitir al señor Ministro que hubiéramos deseado que el Gobierno se mostrara más explícito en las razones por las cuales evidentemente no participaba de esos apresuramientos, pero no queremos ni debemos dejar constancia en estos momentos de la preocupación por esos apresuramientos.

Sexto —en donde se suman también aspectos comunitarios y de reflexión sobre lo que nosotros estimamos son los intereses españoles—, nosotros debemos apostar claramente por la estabilidad en democracia. Creemos que ningún interés nacional español se compadece con el estallido o con la multiplicación de los actores internacionales en Europa y la consiguiente alteración de fronteras. Creemos que ningún interés español, en las circunstancias actuales, puede compadecerse tampoco con altera-

ciones sustanciales de las relaciones de fuerza entre los países europeos, sean o no miembros de la Comunidad Europea o de la OTAN. Creemos que España no debe contemplar muda o inactiva la aparición de planteamientos de un nuevo hegemonismo político nacional o territorial. Podrá estar o no en nuestras manos el evitar esas manifestaciones o su formación, pero no podemos dejar de hacer oír nuestra voz junto con todos aquellos que por distintas razones comparten esa visión de una Europa anclada en la democracia, plural, cooperadora y no sometida a los vaivenes de potencias dominantes, tanto más cuanto que la Unión Soviética ha dejado de ser una de ellas.

Yo quería, con su permiso, señor Presidente, hacer un par de observaciones finales. Primero, la Unión Soviética dejó de ser el enemigo (eso es a todos los efectos evidente hoy), pero no por ello deja de ser importante la continuación de los esfuerzos para la construcción europea, ni la necesidad del mantenimiento de unas estructuras razonables de seguridad y de defensa, que son precisamente las que hoy, de manera primordial, están encarnadas en la OTAN. A nuestro parecer, sería trágico que la desaparición del enemigo coincidiera con la pérdida de la cohesión conseguida entre socios y aliados.

También quería, señor Ministro, referirme brevísimamente a los procesos de reconocimiento de las repúblicas bálticas. Entendemos que será el Gobierno mañana el que, de una manera constitucionalmente reglada, proceda a ese reconocimiento, porque el señor Ministro sabe perfectamente que el reconocimiento no se hace por un telegrama dirigido entre colegas de Asuntos Exteriores. Esperamos también el momento en que el acto internacional por el cual España se compromete al establecimiento de relaciones diplomáticas con esas repúblicas, llegue en su debido tiempo a esta Cámara para su adecuada ratificación.

Por otro lado, aunque sea un dato puramente anecdótico, creemos que no es especialmente significativo, aunque haya producido alguna duda en los correspondientes departamentos de tipo jurídico internacional, el tipo de reconocimiento. Tenemos que reconocer «ex novo» a esas repúblicas, porque, efectivamente, nunca habíamos hecho ningún acto internacional que indicara lo contrario. El señor Ministro recordará perfectamente, porque era miembro del Gobierno que reconoció y estableció relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, que en aquel momento el intento de establecer algún tipo de condicionamiento en ese establecimiento de relaciones hubiera equivalido prácticamente al no establecimiento de relaciones. En este momento, efectivamente, tenemos que reconocerlas. No teníamos relaciones con la Unión Soviética en 1940, de manera que tampoco cabía en aquel momento establecer ningún tipo de salvaguardia de nuestros derechos. También quiero decir (es puramente anecdótico, pero el señor Ministro se ha referido a un embajador español en la Unión Soviética que visitó las repúblicas bálticas) que ese embajador (que no sé quien sería, en cualquier caso sé quien no fue) fue nuestro compañero de Grupo y de Comisión, Luis Guillermo Perinat, que precisamente en atención a una medida internacional pactada entre socios

y aliados, no quiso visitar esas repúblicas para que su actitud no pudiera ser entendida como reconocimiento implícito de su presencia en la Unión Soviética.

Estos son aspectos anecdóticos que no empañan ni afectan de manera significativa al conjunto de mi intervención, señor Ministro. Quiero terminar agradeciéndole y mostrándonos de acuerdo con esa premura y con la calificación de los hechos que constituyeron el golpe de Estado en la Unión Soviética y, al mismo tiempo, reafirmar nuestra voluntad de buscar, por todos los medios, la estabilidad en la democracia, que será también la estabilidad para todos nosotros.

El señor **PRESIDENTE**: En nombre del Grupo Parlamentario Socialista, tiene la palabra el señor Martínez.

El señor **MARTINEZ MARTINEZ** (don Miguel Angel): Al intervenir en nombre del Grupo Socialista para precisar posiciones (por otra parte conocidas del Partido Socialista) respecto a la crisis que se ha producido y que se vive aún hoy en la Unión Soviética, quiero señalar de antemano los sentimientos de satisfacción de nuestro Grupo y la conciencia de que se ha superado un momento crucial sin duda para la Unión Soviética, pero también para el mundo entero y para el proceso de paz que entre todos estamos llevando adelante.

Quiero afirmar, inmediatamente, superado ese dramático sobresalto, que quedan en nuestro espíritu grandes preocupaciones; que, sobre todo, quedan pendientes crisis y retos a los que todos, en mayor o menor medida, debemos enfrentarnos. De ahí que en nuestra intervención queramos, en primer lugar, dejar patente la identificación que siente nuestro Grupo con los planteamientos y valoraciones hechas por el Gobierno y también con aquellas hechas por el Ministro de Asuntos Exteriores en esta oportunidad, incluidas las referidas a Yugoslavia, en las que no entraremos, porque este tema desgraciadamente va a dar motivo a debates de fondo en el futuro próximo; y la coincidencia y apoyo de nuestro Grupo a la actuación del Gobierno y, muy concretamente, a la actuación del Presidente del Gobierno. Deseamos, sobre todo, hacer algunas consideraciones sobre lo sucedido y sobre lo que pueda suceder, consideraciones muy volcadas en lo que queda por hacerse, en lo que debamos hacer desde España en un futuro que, efectivamente, acaba de ponerse en marcha.

Decía, al examinar los sucesos de hace diez días, que los socialistas encontramos motivos de satisfacción. Satisfacción, en primer lugar, por el desenlace feliz de los acontecimientos centrales, es decir, por el fracaso del golpe de Estado en la Unión Soviética; satisfacción también notable por la actuación del Gobierno en todo este proceso, por su gran firmeza en la condena, reconocida por el propio Presidente Gorbachov en la comunicación telefónica con nuestro Gobierno. Efectivamente, no sé si ha sido el propio Ministro o alguno de los oradores que me han precedido en el uso de la palabra quien lo ha señalado, nuestro Gobierno se quedó un poquito sólo en llamar por su nombre, en denunciar como golpe de Estado lo que estaba sucediendo en Moscú; satisfacción por su exigen-

cia del retorno al orden constitucional agredido, conduciendo además la acción por la vía comunitaria cuando otros parecían, desgraciadamente, poner muy en segundo plano esa vía de actuación para nosotros fundamental; y satisfacción también por la rapidez con que el Gobierno compareció, por voz de su Presidente, ante la opinión pública, comunicó información a líderes de partidos y grupos políticos, manifestó la voluntad y la disposición de informar al Parlamento, solicitó esta comparecencia, que permite, efectivamente, dejar constancia de todos los detalles de la situación, valorar los comportamientos de unos y otros conjuntamente, enriquecer sin duda nuestras posturas escuchando cada uno de los grupos a los portavoces de los demás, pero que permite, sobre todo, manifestar el apoyo del Parlamento, en la Comisión más apropiada, al orden constitucional y al proceso de reformas que se vive en la Unión Soviética y a la actuación de nuestro Gobierno en un caso tan complicado como trascendental. Por cierto, a la hora de enumerar motivos de satisfacción para el Grupo Socialista, queremos destacar la que sentimos por el grado de consenso, de unanimidad, entre las fuerzas políticas de nuestro país en su condena al golpe de Estado, en su apoyo a la actuación del Gobierno, sin caer —como bien decía el señor Rupérez—, salvo excepciones bastante individualizadas, en el disparate de buscar responsabilidades o responsables donde no cabían, cuando los responsables y las responsabilidades estaban tan transparentemente depuradas en esta situación; por más que luego, más allá del consenso y de la unanimidad, puedan surgir diferencias de matices que se han puesto de manifiesto en esta reunión de la Comisión.

Desde esta satisfacción, señor Presidente, queremos hacer unas cuantas consideraciones, un par de ellas sobre el golpe mismo. En primer lugar, hay que afirmar aquí que el golpe no pudo extrañar a nadie medianamente al corriente de los acontecimientos y de la situación en la Unión Soviética. Era, por el contrario, un escenario sencillamente previsto, cantado, un riesgo permanentemente calculado por los protagonistas de la «perestroika», desde luego por el propio Gorbachov; era algo prácticamente inevitable. Señor Presidente, señor Ministro y compañeros Diputados, del 3 al 10 estuvimos nosotros en Moscú, en una conferencia organizada por el Gobierno y por el Parlamento de la República de Rusia, en nuestra condición de Vicepresidente de la Asamblea del Consejo de Europa, y prácticamente hablamos con todos los dirigentes, de uno u otro color, en particular, con Yakovlev y, desde luego, con los equipos y con la Presidencia de Rusia. Prácticamente, no hubo ni uno solo de nuestros interlocutores que no nos dijera que el golpe estaba en su perspectiva, y en una perspectiva bastante inmediata. Sin duda, es el éxito de la «perestroika» y el éxito de la «glasnost», el éxito de Gorbachov, el haber conseguido que la Sociedad soviética hiciera inviable el golpe. La sociedad soviética, es decir, el pueblo —ya se ha hablado aquí del pueblo—, pero yo creo que, sobre todo, las instituciones, incluso algunas de las instituciones menos pensables, también esas instituciones menos pensables, también las Fuerzas Armadas, también el KGB, estaban penetrados

por el espíritu de la democracia, estaban penetrados por el espíritu del futuro y hacían que el golpe inevitable tenía también como imposible el éxito de su realización.

Creo que efectivamente ese proceso de seis años ha hecho que ese pueblo y esas instituciones tuvieran madurez, tuvieran medios, tuvieran estructuras que hacían obligado el fracaso del golpe y, sobre todo, que hacían imposible la marcha atrás.

Por cierto, yo creo también que, en alguna medida, es éxito de Gorbachov algo que se le critica notablemente dentro y fuera de la Unión Soviética, como es el haber mantenido a los golpistas potenciales, casi a los golpistas obligados, dentro del corral hasta que se les cayeran los cuernos (**Risas.**) y que, por tanto, no fueran capaces de cornear, sino apenas de topar. Me parece que esto es algo que no puede perderse de vista.

Como es un éxito de la «perestroika» y de Gorbachov haber cambiado el mundo. Creo que era el señor Rupérez el que lo decía o lo insinuaba en su planteamiento. De manera que el exterior no se quede ya impasible pensando que da igual, que es cosa de ellos, que es una pelea entre malos, entre comunistas dentro del propio poder soviético; de manera que el exterior influya y no se quede al paio, como se quedó al paio en el caso de Kruschev, donde no había una situación parecida ni dentro ni fuera. Y también es un éxito haber logrado que desde el interior del país se sea sensible, se dependa de la presión exterior. De modo que efectivamente hayamos conseguido desde fuera, desde el exterior, presionar a los golpistas y alentar a los reformistas en su resistencia.

Mi segundo comentario sí es, a pesar de lo que acabo de decir, para marcar alguna extrañeza, señor Presidente, por la facilidad con que algunos países, con que algunos Gobiernos, con que algunos medios, con que algunas sociedades parecieron asumir el éxito de la operación golpista; parecieron asumir, parecieron aceptar, que las nuevas autoridades estaban consolidadas o iban a consolidarse, poniendo un énfasis, a mi sentir excesivo, en pedirles que respetaran los acuerdos internacionales suscritos por su país. A este respecto, quiero afirmar aquí que nosotros no estuvimos entre éstos, que mantuvimos públicamente, desde el mismo día 19, en medios de comunicación de este país —aquellos que se acercaron buscando opiniones— que el golpe iba a fracasar. Lo cierto es que en muchos países faltó conocimiento de la realidad, faltó confianza en el calado de las reformas y en la voluntad libertaria de los pueblos o, tal vez, sobró inercia, sobró ciertamente fe y fascinación por un aparato como era el del PCUS y las instituciones que éste controlaba, que, sin embargo, era un aparato ya podrido y desmoronado, era un aparato que ya no existía como tal.

Lo cierto, insisto, señor Presidente, es que la presión, la postura de la comunidad internacional, con España muy en primera fila, ha sido sin duda importante en la superación el bache, como debería ser determinante para contribuir a la solución de los muchos problemas, algunos enormes, y en despejar las incógnitas que se dan en la Unión Soviética, ciertamente todo ello motivo de muy seria preocupación. Problemas algunos pendientes, de an-

tes, que han sido descarnados con esta crisis, que se han acentuado, algunos que se han precipitado, obligando a resolverlos sin demora; otros problemas incluso pueden haberse planteado por la crisis, por la propia nueva situación. En todo ello pensamos que de este trauma nacen condiciones dentro y fuera que nos permiten y nos autorizan a ser optimistas, por más que la preocupación sea grande, como antes decía.

Pendiente queda fundamentalmente la dramática situación económica, que ciertamente no se puede resolver con ayudas coyunturales. Una situación crítica porque el sistema nunca funcionó, y ahora menos que nunca, pero crítica, sobre todo —y esto no se ha señalado aquí hasta ahora— porque era una economía sabotada, era una economía objeto permanente de «boycott» por aparatos ligados al PCUS que con ello estaban sacando enormes beneficios de su corrupción, pero, además, estaban creando condiciones en que basar su esperanza de que un golpe pudiera tener éxito por el descontento popular generado por esa situación económica y que fuera así posible la marcha atrás.

Esto es una realidad de la que todos tenemos que tener conciencia, porque puesto punto final a la existencia anulada del PCUS, la capacidad del PCUS para sabotear la economía, va a ser más fácil poner en marcha las reformas y asegurar el éxito de un proceso económico que hasta ahora no podía sencillamente funcionar fuera cual fuera la ayuda que se le ofreciera desde el exterior. El error de las propuestas fue de cálculo. Calculamos que por el malestar, el descontento, la crítica, muy grave, de que era objeto ya el Presidente Gorbachov y sus equipos, iban a contar con el consiguiente apoyo popular en su aventura. En todo caso, la eliminación, como digo, del poder del Partido debería facilitar la superación de ese sabotaje como condición previa para poder despegar en las reformas absolutamente claves, que son las de la economía.

Pendiente queda el proceso de la reforma política que generalice la democracia y asegure el respeto a los derechos humanos, con tremendos retos por delante: el reto del pluralismo, el reto de las minorías, no sólo de las repúblicas, ya que en cada república hay minorías y en cada minoría otras minorías. Cuando se dice: todo está como hace setenta años, no se está viendo que hay setenta millones de habitantes desplazados en esos setenta años, creando unos problemas a los que habrá que meter mano, que habrá que resolver con los criterios que aquí ya algunos de ustedes han manifestado antes que yo. Con el ~~pro~~ ~~la~~ ~~s~~ que supone la dispersión del poder en el sentido de la dispersión y rechazo de cualquier autoridad. Cuando una ciudadanía ha vivido el poder como algo ajeno, impuesto, como algo opresor a lo largo de toda su existencia, no es fácil que tome conciencia de pronto de que en el régimen de democracia el poder es algo de lo que él como ciudadano o como colectivo forma parte. No es fácil; precisamente nosotros, tenemos alguna experiencia en que no es fácil esa identificación del ciudadano con el nuevo poder, del que él es parte, pero que también le obliga, en el que también a él le incumben responsabilidades. Todo eso teniendo en cuenta, señores, la carencia de tra-

dición y práctica democráticas en aquellos pueblos, las colosales diferencias internas históricas, culturales, de civilización.

Sobre todo ello, y ligado a esa situación económica y a la reforma política, queda pendiente y es causa de preocupación el problema de la tensión entre las repúblicas, el problema de la articulación o dispersión de la Unión, con tensiones entre territorios, comunidades, etnias; con mil conflictos de religión, de propiedad, de fronteras y, desde luego, con la tremenda cuestión del armamento nuclear en la mente de todos, magníficamente expuesta por algunos de los oradores que me han precedido en el uso de la palabra.

Pensamos a este respecto en nuestro Grupo que en ese tipo de problemas de la nueva vertebración de la Unión es donde más falta hace responsabilidad, seriedad, sensatez en los protagonistas y, desde luego, donde más obligado es desde el exterior apoyar a quienes representen esos valores; en una situación precisa en la que, es muy importante desde fuera jugar mucho más a bomberos y mucho menos a pirómanos de lo que algunos países europeos está jugando en este momento.

Afirmamos rotundamente desde nuestro Grupo, porque es preciso pronunciarse con claridad, la necesidad de compaginar libertades y derechos de los pueblos a su identidad con la presencia para el orden mundial de paz de una Unión que mantenga como Estado lo esencial de su territorio actual. Nosotros sí estamos por el mantenimiento de la Unión como Estado, porque entendemos que cualquier dispersión sería sencillamente nefasta para el orden en el que nuestro país intenta vivir e integrarse. En ese orden de cosas, sin embargo, me parece que es importante resaltar nuestro apoyo a la decisión que el Gobierno va a ratificar mañana de reconocimiento de las repúblicas bálticas. Parece que algunos piensan que esto se ha hecho tarde, como si ellos hubieran querido que ese reconocimiento se hiciera incluso antes de que algunas de estas repúblicas bálticas proclamaran su propia independencia, que ha sido en varios casos proclamada la semana pasada. Yo creo que es muy importante que esa decisión se haga con la Comunidad como caso aparte, aislado, diferenciado.

Por otra parte, señor Presidente, no tenemos problemas en apoyar esta decisión, porque es una estrategia coincidente con la seguida por nuestro Partido, que ha apoyado el ingreso en la Internacional Socialista de partidos socialdemócratas de esas repúblicas en los últimos meses desde hace ya un tiempo considerable; estrategia también coincidente con lo que hemos mantenido desde nuestro Grupo en el Consejo de Europa, habiéndonos tocado precisamente presidir la Delegación de la Asamblea que estuvo en Estonia, donde pudimos apoyar un camino hacia la independencia, negociada, por vías pacíficas, con paciencia, no cayendo en movimientos de precipitación que fueran argumento o pretexto para que los enemigos de la «perestroika», los involucionistas —que ahí estaban— pudieran dar lugar a un proceso donde precisamente las primeras víctimas iban a ser las aspiraciones independentistas de estos pueblos bálticos. Es decir, que los socialistas

estuvimos en eso, pero estuvimos pensando en ellos, en los pueblos bálticos; sin instrumentalizar su causa en beneficio de otros debates que no hacían al caso. Por cierto, haciendo un paréntesis y en el tono de misterio que ha iniciado el señor portavoz del Grupo Popular, quiero decir que el Embajador que visitó en su día y en nombre del Gobierno de España las repúblicas bálticas no fue el señor Perinat, pero seguía instrucciones del mismo Gobierno que tuvo al señor Perinat como Embajador en la Unión Soviética.

Entro en una consideración final, tocando algo que nos parece fundamental para España y para la Unión Soviética y que, sin embargo, nos preocupa enormemente. Se trata de Europa, del papel de Europa, señor Presidente y señor Ministro. Mi argumento tiene varios puntos. En primer lugar, hemos comprobado en Moscú —creo que es importante compartir esta consideración con todos ustedes— que el señor Yeltsin, pero fundamentalmente sus gentes, sus equipos —que son, por otra parte, de lo más sólido, de lo más prestigiado que hay en la Unión Soviética y, sin duda, de lo más comprometido con el futuro—, han realizado una opción deliberada, legítima por lo demás, como vía para alcanzar el bienestar de sus ciudadanos y realizar lo antes posible los cambios políticos y económicos que necesitan. Esa opción es sencillamente la de una relación privilegiada con los Estados Unidos de América, reproduciendo el esquema del Plan Marshall que, nos dicen, tan buenos resultados le dio a Europa. (Siempre tenemos nosotros que hacer algún matiz cuando se habla de los buenos resultados que el Plan Marshall le dio a Europa; se los dio a buena parte de Europa, a aquella parte que pertenecía al mundo libre y además era mundo libre; otros pertenecíamos al mundo libre pero no lo éramos y, por tanto, no tuvimos acceso a aquellos beneficios.)

Lo cierto y verdad es que esta opción, como digo legítimamente realizada por quienes hoy gobiernan, democráticamente elegidos, la Federación Rusa, les lleva a una gran ignorancia de lo europeo y yo diría que a un notable desentenderse de Europa. Quiero decirles que en la conferencia donde hemos estado, en la que había hasta ocho Ministros del Gobierno ruso, no conseguí en una sola ocasión, a lo largo de cuatro días de machacar con los mismos temas, que ninguno de ellos citara la palabra Europa, ni una sola vez. Frente a esa postura, Gorbachov y sus equipos, pero sobre todo sus antiguos equipos (porque cuando uno habla de Gorbachov es muy difícil hablar de sus equipos; sus antiguos equipos, los que han sido la gente de Gorbachov hasta hace unos meses, y yo espero que vuelvan a serlo o lo están siendo ya), plantean una estrategia más equilibrada que compagine unas buenas relaciones con los Estados Unidos, tan buenas como sea posible, pero insistiendo en la actualidad de su viejo proyecto de la casa común europea —parece que el término no gusta a algunos, porque, efectivamente, la patente no parecía buena, es igual—. Es una estrategia en definitiva que busca participar en el proyecto con y en Europa. Una prueba evidente y gráfica de esta prioridad es el gesto de Gorbachov convocando a los doce Embajadores comunitarios antes incluso de dirigirse a la opinión mundial y a

los representantes del pueblo ruso y, luego, de los pueblos soviéticos.

Ante esa dualidad, la cuestión es cómo actuamos unos y otros. Cómo actúan los norteamericanos y cómo actuamos los europeos. Y aquí es donde surge, señor Presidente, una gran preocupación. Un poco, por la reacción del Gobierno de los Estados Unidos que, una vez restablecido el orden constitucional, se lanzó a algunos movimientos francamente peligrosos, descalificando a Gorbachov para glorificar a Yeltsin, aunque ya atisbamos una posición que se modula y parece más equilibrada, más razonable y que, por tanto, permite albergar mayor esperanza.

Mayor preocupación, porque nos toca mucho más de cerca, es, señor presidente, cómo actuamos desde Europa. Nuestro Grupo estima que no está de más decir aquí que no nos gusta cómo se ha actuado desde Europa. Que la actuación de una serie de Gobiernos, socios nuestros en la aventura comunitaria, en el proyecto de la integración, es una actuación que hace añicos el proyecto de unión política. Que hay quien se está llenando la boca de «unión política» y cuando actúa está rompiendo la unión política lanzándose por su cuenta, cuando están previstos mecanismos, cuando están previstos reuniones, y cada uno salta y se anticipa a ver lo que puede ganar para sí, dejando un poco en mantillas a este proyecto en el que parece que somos menos los practicantes que los creyentes.

Señor Presidente, la condena del golpe no se hizo por todos nuestros socios con todo el rigor ni toda la fuerza que nosotros hubiéramos deseado. Alguna de las reacciones, como la de Italia, pidiendo ya desde el primer momento que se considera si debía cambiar el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, nos parece sencillamente fuera de lugar; incluso, el proceso de reconocimiento de los países bálticos, contra lo que ha dicho el representante de Convergència i Unió, a nosotros nos parece desafortunado por haberse producido en orden disperso.

Nosotros creemos que había que ir primero a discutir y hablar luego con una voz única, como aquí se ha dicho también por algún otro representante de un grupo nacionalista. Hablar con una voz única no puede ser cantar antes para que ya sepa cada cual qué es lo que va a decir allí, porque eso impide que se oiga a Europa con una voz única.

Cada país miembro de la Comunidad se ha retratado así con su propia postura. Yo creo que las excepciones honrosas, como la de España, han sido muy importantes y nuestro Grupo felicita muy sinceramente al Gobierno también por haber seguido esa línea que, por otra parte, es una línea de seriedad y de coherencia con los postulados proclamados por quienes hicimos el programa con el que fue elegido mayoritariamente este Gobierno. Quizá sea aún tiempo de recuperar coherencia, y en todo caso hacia ahí debe estar dirigido nuestro esfuerzo: a hacer que Europa sea y actúe como corresponde, como puede: con experiencia, con capacidad a todos los niveles, pero sobre todo con una contribución que sólo Europa puede dar. Con la experiencia de no competir con los Estados Unidos, sino al contrario, cooperar, articular una estrategia concertada con los Estados Unidos. Con la capacidad que

tenemos, unidos, en lo económico, en lo financiero y en lo tecnológico. Pero sobre todo, como decía, señor Presidente, con esa capacidad que sólo podemos tener desde Europa, que es la de proporcionar a la Unión precisamente estructuras continentales de acogida, instituciones continentales de acogida; sin cicatería, sin andar contando cuántos habitantes aportan o no aportan, cuál va a ser su peso. El Consejo de Europa debe ser la plataforma para avanzar en esa concreción del proyecto común, en la concreción de los espacios comunes, jurídico, cultural, ambiental, sociolaboral, etcétera; ofrecerles un marco donde puedan cooperar, pero también un marco, señor Presidente, donde puedan encontrar solución para sus problemas, y sobre todo, donde puedan encontrar quizá lo que más están echando en falta, pautas, criterios, referencias que por venir de ese marco resulten aceptables para ciudadanos que hoy están poniendo en cuestión todo, todo lo que no sea hacer sencillamente aquello que en cada momento y a cada cual se le vaya ocurriendo.

Creo que el papel de Europa puede ser esencial, debe serlo y desde España hemos de influir en eso. Hemos de apostar por convencer a Yeltsin de la necesidad y de la conveniencia de mirar a Europa desde Rusia y desde la nueva Unión, y hemos de apostar, como ha dicho alguno de mis predecesores pero quiero yo machacarlo con más firmeza, por la complementariedad de Yeltsin y de Gorbachov. No podemos caer en ligerezas de eliminar a uno o a otro como en algunas declaraciones de dirigentes de algún peso hemos podido escuchar; declaraciones imprudentes, precipitadas, cuando no sectarias en algún caso.

Lo que más nos preocupaba respecto de Gorbachov está resuelto, afortunadamente. Su mayor error —y queremos definirlo aquí como ese error— el de pensar qué aún podía apoyarse en el PCUS; en un PCUS golpista; porque el PCUS como tal ha sido golpista. Qué duda cabe que muchos afiliados nada tuvieron que ver con eso, pero el PCUS sí: su dirección dio instrucciones a las células organizadas en el Ejército y en el KGB; su aparato ha indicado que ese era el camino a seguir. Y el PCUS no sólo fue eso, sino que además estaba desarbolado, articulado en mafias y aparatos reaccionarios y, sobre todo, absolutamente desprestigiado ante la opinión pública del país y, por tanto, incapacitado para cualquier reforma; incapacitado para, incluso, reconvertirse en partido capaz de operar en un sistema plural, en un sistema democrático.

Hoy entendemos nosotros que Gorbachov enmendado su error, recupera su papel, su importancia, y creo que nos interesa a todos reforzar ese papel y esa importancia y no debilitarla desde fuera; como creo que nos corresponde buscar su reencuentro con los que han sido sus colaboradores de siempre, con Yakovlev, con Popov, con Lapter, con Shevardnadze, con Sobchack.

Señor Presidente y queridos amigos, cuando se inició el proceso de cambios en la Unión Soviética, y por ello en el mundo, Gorbachov y los suyos lanzaron tres conceptos que es bueno recordar y que están aquí, escritos en esto que es un huevo mostrándolo a la Comisión. El huevo tiene un valor simbólico y tradicional en la Unión Soviética; habrán visto que en Rusia se utiliza desde en iconos

hasta en recuerdos del zar y en objetos de regalos populares. Pues bien, este era el huevo de los conjurados de la libertad, el que llevaban a veces como identificación; éste es del año 1985 y tenía escritos los tres conceptos en que se basaba el cambio. Dos de ellos fueron inmediatamente conocidos y mantenidos. Dice aquí: «perestroika» y «glasnost». Son dos conceptos que no hay que traducir porque se han convertido en palabras que se puede utilizar como sustantivo en casi cualquier idioma del mundo. Pero hay un tercero que se congeló por lo pronto. El tercero en ruso es «uskoreini», y «uskoreini» quiere decir «aceleración». Yo creo que es el momento en que es posible retomar la aceleración, retomar la tercera pata del trípode que haga posible el cambio hacia la democracia y hacia la libertad en ese continente que es la Unión Soviética. Aceleración en el pluralismo. Aceleración en el desmantelamiento de lo que es el totalitarismo, de lo que es el monopolio de que ha disfrutado hasta ahora un exiguo aparato en detrimento de las grandes mayorías en aquel país. Aceleración en la reforma económica y aceleración, sin duda, en la articulación de la nueva unión. Es en eso en lo que Europa debe encontrar su sitio y España en primera fila. Por eso, señor Presidente y señor Ministro, es bueno que allí se dé a conocer, cuanto más mejor, nuestra experiencia, nuestra realidad, nuestra transición, nuestra articulación autonómica; es bueno y lo piden día a día precisamente nuestros amigos de la URSS, y es bueno que se activen los tratados de cooperación, que seamos más ambiciosos incluso de aquello que, por el momento, tenemos previsto ratifican en esta Cámara, que se desarrollen al máximo las relaciones interparlamentarias entre nuestros países.

Desde luego, es bueno que se apoye, sin cicatería, la integración de la Unión Soviética en las estructuras continentales y se ofrezca la mayor ayuda comunitaria; como es bueno que desde Europa nos esforcemos en coordinar con los Estados Unidos y quizás con Japón el apoyo necesario para asegurar el éxito de la transición en la URSS.

Señor Presidente, en eso estamos los socialistas y no desde ahora, aunque contentos de que ahora estemos todos o casi todos en posiciones parecidas. Contentos de que estén también con nosotros los que reiteradamente presentaron aquí proposiciones no de ley para condenar a Gorbachov o a la «perestroika», proponiendo reconocimientos que eran, sin duda, desestabilizadores del proceso que se estaba dando en la Unión Soviética. Que estén aquí también los que reiteradamente en comparecencias del Gobierno —del propio señor Ministro— mostraron reticencias, cicaterías en cuanto a la cooperación que nuestro país, directamente o a través de Europa, pudiera producir con la Unión Soviética.

Estamos contentos de que también estén con nosotros los que han manifestado una y otra vez dudas sobre el carácter progresista de la «perestroika», con argumentos muy en línea con los que nos venían del aparato del PCUS y que luego han resultado también ser los argumentos de los golpistas. No importa: cada cual sabe donde ha estado y sabemos también los demás dónde hemos estado cada uno de nosotros. Lo importante es que se llega a es-

tar donde estamos hoy y resulta que estamos todos juntos. Creo que eso es lo importante de cara al futuro.

Hoy, como dijo el Presidente González cuando pareció vencida la tentativa golpista, es un día feliz, es un buen día para los demócratas, es un buen día para la Unión Soviética y es un buen día para el mundo. Ojalá que desde este buen día, con el esfuerzo de todos seamos capaces de ir contribuyendo a forjar tiempos mejores para todos.

El señor **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Ministro.

El señor **MINISTRO DE ASUNTOS EXTERIORES** (Fernández Ordóñez): Señor Presidente, creo que SS. SS. me agradecerán quizás que no abuse de su tiempo, del tiempo del que disponemos, y conteste sencillamente a algunos puntos que han tocado que cero tienen interés y que nos pueden servir a todos para clarificar las cosas, ya que, como es natural, algunos han repetido las mismas cuestiones.

El señor Mardones plantea si el ex-ministro Shevardnadze había hablado sólo conmigo o con otros. Es evidente que él tiene otros colegas en la Comunidad. Además, nos ha mencionado expresamente en las memorias a tres o cuatro, o sea que supongo que, como es natural, esa misma conversación la ha tenido, por teléfono o privadamente, con otros. Este era un temor compartido. Ayer nuestro embajador ha tenido una larga conversación con el señor Shevardnadze y hay una referencia muy clara y gran parte de las preocupaciones que he expresado coinciden mucho con el mismo temor a la desintegración incontrolada que tienen en estos momentos las personas serias en la Unión Soviética.

En segundo lugar, sobre el tratado de cooperación hay un punto que es importante. El tratado de cooperación con la Unión Soviética no ha venido a esta Cámara todavía. Hay un principio en Derecho Internacional al que es el de la sucesión de Estados, pero tenemos que esperar a ver cuál es la nueva realidad, creo que es importante, porque hay que conocer la realidad y la realidad admite, como he explicado antes, toda clase de pronósticos en estos momentos.

Hoy se acaba de autodisolver el Soviet Supremo. La velocidad, la aceleración de los acontecimientos lo mínimo que nos exige es tener prudencia en cuanto a la fecha en que traigamos este tratado de ratificación; pero quiero tranquilizarles porque el tratado no habla para nada de créditos. Los créditos siguen otro camino. Los créditos no se han puesto en marcha todavía por razones bancarias y que, en todo caso, para esto también habrá que tener en cuenta la nueva realidad —es un punto clave—, con la misma voluntad de ayuda que ha expresado clara y rotundamente el Gobierno. Vamos a ver cuáles son los interlocutores, cuál es la realidad que nos encontramos. Los deseos y nuestra política creo que han quedado muy bien expresadas y me complace ver que es la opinión general de la Cámara.

Embajada soviética en Madrid. No sé si se publicó o no, porque he estado gran parte del tiempo en el extraje-

ro, que el que fue presidente de los golpistas escribió al Presidente del Gobierno español Felipe González. Yanáyev mandó una carta el mismo día del golpe pidiéndonos comprensión; pero esa carta la Embajada la envió directamente al Presidente sin pasarla por el Ministerio de Asuntos Exteriores como gestión diplomática. Es decir, yo me enteré de la carta porque me llamó el propio Presidente, Felipe González. No han hecho ninguna gestión diplomática, ni ningún mensaje de los golpistas durante todo este tiempo. Es lo único que debo decir.

En cuanto al agregado cultural, lo digo porque el señor Anasagasti había hablado de estos puntos, las declaraciones de los miembros de la Embajada, como saben SS. SS., son personales. La postura oficial la sostiene el Embajador. Nadie, como es natural, dio el placer al agregado cultural porque no hay placer para los agregados culturales. Lo digo por precisar hasta donde yo puedo este punto de la Embajada con el cuidado con el que uno debe hablar de problemas que pueden afectar a otras personas.

En cuanto a algo que no tiene nada que ver que es el Rey Hassan II, al que se ha referido, y todo el problema del Sahara, quiero recordar que hablé con el Secretario General de las Naciones Unidas, Javier Pérez de Cuellar, con el que mantuve una larga conversación y me explicó claramente las conversaciones que él había tenido que, como es lógico, debo mantenerlas privadas por motivos de discreción. Me explicó lo que iba a hablar con el Frente Polisario. Me ha contado lo que ha hablado con el Frente Polisario y está más esperanzado después de estas conversaciones. Es lo que puedo decir. Vamos a observar atentamente. La posición del Gobierno ya la conocen todos.

El punto de la Unión Soviética en el Consejo de Seguridad. Alguien ha dicho que hay que abrir el Consejo de Seguridad; hay otros en el Consejo que son partidarios de no abrirlo y de mantener el «statu quo»; hay otros que son partidarios de incluir el Grupo de los Siete en el Consejo de Seguridad con lo cual entrarían Japón y Alemania; y hay otros que creen que la Comunidad Europea debe estar representada en el Consejo de Seguridad. En este momento caben todas las fórmulas y también depende de lo que pase en la Unión Soviética.

El señor Oliver preguntaba qué medidas tomábamos sobre Yugoslavia. Vamos a tener pronto una reunión sobre Yugoslavia, pero, como saben, algunos colegas han pedido que se establezca ya el reconocimiento de algunas repúblicas de Yugoslavia. Quiero decirles que si no se ha hecho esto antes en parte es porque nosotros no somos partidarios. No lo hemos sido y me he manifestado siempre en contra hasta ahora, sobre todo por una razón incluso práctica y es que el reconocimiento prematuro de algunas repúblicas en estos momentos podría precipitar la guerra. España no ha estado sola ahí. Hay una cierta actitud dubitativa en el Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores. Nos ha parecido hasta ahora —y luego hablaremos de los complejos— sin ningún complejo que es un tema que podía ser contraproducente. ¿Qué otra cosa se puede hacer? Se puede dar un apoyo económico selectivo. Se puede enviar el caso al Consejo de Seguridad.

Se pueden proponer medidas. Es un punto que habrá que tratar después de que sepamos que realmente se ha desencadenado la guerra y ha fracasado el alto el fuego. Me remito a lo que he dicho antes.

Señor Anasagasti en cuanto al cuadro de las relaciones futuras con la Unión Soviética, he explicado claramente y con mucho detalle cuál es la posición. Me alegra ver qué, en términos generales, hay una coincidencia; posteriormente me referiré a la posición del señor Rupérez.

En cuanto a la actitud del Gobierno español con Gorbachov, yo creo que no ha sido únicamente del Gobierno español, ha sido la actitud de todos los Gobiernos europeos, nosotros no le hemos dado desde luego el premio Nobel de la paz. Quien ha dado los pasos más radicales, en el sentido de las excelentes relaciones y del apoyo al Presidente Gorbachov han sido los Estados Unidos y quien ha salido —además del Gobierno español— en defensa personal del Presidente Gorbachov ha sido Margaret Thatcher. Hay que decirlo también, ya que otras veces no hemos estado de acuerdo.

En cuanto a la proposición no de ley de reconocimiento, efectivamente no estuvimos de acuerdo; pero también es verdad que nadie en la Comunidad Europea hizo ese reconocimiento. Es verdad que nosotros consideramos que no era oportuno, pero nadie lo hizo en la Comunidad Europea, como he explicado anteriormente. En cualquier caso prefiero —y sinceramente lo admito— que se me acuse de ser demasiado prudente en todos los problemas relativos a la aparición de lo que llamaba el señor Rupérez los nuevos actores, teniendo en cuenta los problemas planteados en los Balcanes y otras zonas, a que se me acuse de ser demasiado frívolo. Tenemos en este momento demasiados problemas sobre la mesa en la Comunidad Europea; luego haré referencia a ellos.

También se ha hecho referencia a los cursos organizados por la Universidad Complutense y a Banesto.

La influencia en la unión política de todos estos acontecimientos, creo que es un punto interesantísimo que ha tratado el señor Anasagasti, así como el señor Martínez y el señor Rupérez y al que me voy a referir después porque considero que es un punto importante y —aunque brevemente— quisiera hacer algún comentario.

El señor Caso se refería a los controles a la posible venta de armas a Yugoslavia. Están embargadas, efectivamente. Son muy difíciles los controles, pero imaginémosnos qué pasa si estalla la guerra y algunos países se alinean con alguna de las partes. El riesgo del problema que tiene Yugoslavia es más complicado que el problema de los países bálticos porque en este último estábamos todos de acuerdo. En Yugoslavia hay otro tipo de problemas, alguien los ha mencionado, más o menos claramente, y pueden crear grandes dificultades. Estos alineamientos pueden producir su efecto, por tanto, es un problema que hay que entender en el contexto de lo que ocurra estos días en Yugoslavia.

Estoy de acuerdo con el señor Espasa en el punto que añade a las razones del fracaso y que yo no había mencionado. El fracaso es también de la propia «perestroika», es decir, lo que él ha denominado la «dispersión institu-

cional». Estoy de acuerdo. Sin «perestroika» —también hay que decirlo— no hubiera habido golpe, pero es porque tampoco era el golpe necesario para los golpistas. Estoy de acuerdo con su juicio sobre el Presidente Gorbachov.

A continuación haré referencia a los problemas jurídicos en cuanto al establecimiento de relaciones diplomáticas con los países bálticos, que ha mencionado el señor Espasa y también el señor Rupérez. El tema de Moldavia es de gran importancia porque va a ser de una de las repúblicas más difíciles en este momento. El problema que tiene Moldavia es un problema de frontera exterior, no sólo de fronteras interiores. No olvidemos la composición de la población de Moldavia que es rumana.

No he explicado mucho de los debates sobre Yugoslavia, seguiré sin explicarlo por lealtad interna a los colegas de la Comunidad y por prudencia hacia los países, pero ya he dicho que hay dificultades, sobre todo tácticas, porque todo el mundo quiere lo mismo, evitar la guerra y, al mismo tiempo, hay opiniones distintas de cómo evitarla y de quiénes son los culpables.

Sobre si se debe conceder una mayor ayuda a la URSS, todo el mundo está de acuerdo en que se debe ayudar, pero los problemas son a quién y cómo.

Aunque el señor Durán no está presente, sí quiero explicar algo. El dice que lo hemos reconocido a destiempo, no estoy de acuerdo; lo hemos reconocido al mismo tiempo que los demás. Por tanto, esa frase del señor Durán no la puedo aceptar. Es verdad que algunos ministros dijeron cosas antes de la reunión. Yo también. Yo hablé dos o tres días antes y lo dije en este sentido. Lo que no hicimos fue una declaración pública porque hay una regla de juego dentro de la Comunidad según la cual en temas delicados no se debe marcar públicamente determinado tipo de posiciones.

Si le quiero decir algo sobre el complejo. El tema es curioso, alguien, siempre por los mismos lados, se inventa que tenemos un complejo o un temor y luego se dice que ese temor no tiene justificación. No tenemos ningún complejo, no hay necesidad de explicar ni de justificar nada. Se ha dicho claramente esta tarde. Por tanto, no hay ninguna necesidad de hablar de complejos, porque no los hay. Sigo diciendo cuál va a ser la posición de España en todas estas materias, que es una posición prudente, porque lo que está en juego, como he dicho antes, y lo he explicado suficientemente, es mucho. Por tanto, hay que tener cuidado con las palabras en un momento tan delicado.

Sobre este tema yo quiero recordar nada más —y ahí lo dejo—, ya que hemos hablado de Shevardnadze, un refrán ruso que una vez me citó Shevardnadze. Dicen en Rusia —no sé en qué parte— que el queso sólo se despacha gratis en la ratonera. No olvidemos eso.

En cuanto a la intervención del señor Rupérez, estoy esencialmente de acuerdo con ella; estoy de acuerdo en las reflexiones que ha hecho sobre este ente internacional que es la Unión Soviética, si existe o no en estos momentos y la actitud que debemos tener. El Congreso soviético

se va a reunir el lunes, verosímilmente tratará sobre los países bálticos.

La «perestroika» ha muerto, dice el señor Rupérez. Yo he dicho que no hay camino intermedio ya, llamémosle como le queramos llamar. También estoy de acuerdo con él en el sentido de que cualquiera que sea nuestra valoración de cuál ha podido ser la ayuda es una cosa que tiene que quedar clara: la responsabilidad del golpe corresponde a los golpistas, eso es evidente. No debemos acostumbrarnos a hacer otro tipo de juicio de valor. En cualquier caso, el «Plan Marshall», adaptado a cifras de hoy, según uno de los últimos cálculos de algún instituto estratégico que ha llegado a mis manos, significaría unos cuatrocientos billones de dólares para los próximos cinco años.

En este punto de la ayuda a la Unión Soviética, porque España paga una cuota importante, el 8 por ciento de la Comunidad Europea, debemos mantener —creo— la posición que he mantenido, que es una posición compatible entre lo que podíamos llamar la solidaridad necesaria, la ayuda necesaria y, al mismo tiempo, calcular cómo, dónde y con quién se negocia esta ayuda. Estos puntos son los que se van a tratar en las próximas reuniones y, desde luego, en el Consejo Europeo.

En cuanto a los armamentos nucleares de que hablaba el señor Rupérez, Ucrania ya ha decidido declararse zona libre nuclear. Por tanto, todas las armas nucleares que tiene desplegadas en su territorio ya no las quiere —se trata de una decisión de hace muy poco tiempo— y en el Consejo de la OTAN, en Roma, tendrá que plantearse todo este problema que no quisimos plantear el otro día, pero qué duda cabe que estamos ante un escenario nuevo.

En cuanto a la coordinación comunitaria de que hablaba el señor Rupérez, coincido con su preocupación y no quiero ser más explícito, como he dicho antes. Creo que sería muy grave que volviéramos a las viejas doctrinas de la geopolítica de zonas de influencia. Eso sería muy grave, porque sería un regreso en Europa y, como he dicho antes, hay una experiencia de cuáles han sido las razones profundas de las guerras en Europa y la importancia que han tenido estos ejercicios de zonas de influencias.

Sobre el punto relativo al establecimiento de relaciones diplomáticas con las repúblicas bálticas tengo que decir una cosa: hay consenso en la Cámara. Hace treinta y siete años que ingresé en la Escuela Judicial, son ya muchos años de toga y es muy difícil tener conmigo una discusión jurídica, cuando hay un acuerdo de fondo. Tengo informes de la Asesoría Jurídica Internacional en el sentido de que basta un acuerdo político del Gobierno —artículos 93 y 97 de la Constitución—, que no es necesario el reconocimiento, sino que hay que ir directamente al fondo, al establecimiento de relaciones diplomáticas, pero en cualquier caso se buscará la fórmula jurídica que sea necesaria y, como es natural, no hay nada que se oponga a que se le dé el rango que se quiera al establecimiento de relaciones con los países bálticos y que la Cámara, como es natural, decida. Aquí hay un acuerdo de fondo y lo más absurdo sería, como es natural —que tampoco es

el propósito del señor Rupérez ni el mío—, entrar en una discusión jurídica sobre cuáles son los mecanismos. Yo, sinceramente, adopto la posición más modesta, que es siempre la del jurista más viejo.

También quiero decir que no hay la menor crítica —no podría haberla— a la forma en que se establecieron las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética en marzo de 1977, porque, como se ha dicho, de ser así, no se hubieran establecido. Hay algún otro país europeo que está en el mismo caso, que es Holanda. Esto plantea sencillamente, el problema de que hay que hablar con la Unión Soviética y que, por tanto, hay que manejar la cuestión con otros matices. En este sentido, no hay la menor crítica.

El señor Martínez ha hecho una interesante exposición sobre Europa. El señor Anasagasti empezó planteando el problema de los efectos que tiene sobre la unión política y me parece que el señor Rupérez también habló de esta cuestión. Pienso —y creo que es una posición compartida por todos, por esta Cámara— que una Europea invertebrada, una Europa compuesta por piezas dislocadas hace más necesaria que nunca la unión política en la Comunidad Europea; la unión política más fuerte que podamos lograr. No sé hasta dónde podremos llegar. No sé si lo que queremos todos —el señor Anasagasti hablaba del proyecto federal— será posible, pero prefiero hablar como si fuera posible. A mí me preocupa mucho que los acontecimientos urgentes e importantes, por el sencillo efecto de su peso en la agenda, puedan desplazar estos otros hechos tan importantes para España como que se construya una fuerte unión política y económica en Europa. Sobre ese punto como he dicho antes, creo que hay una impresión común.

La segunda idea —y con esto termino— es repetir mi

inquietud —repito mis propias palabras— de que no es conveniente para nuestros intereses ni para la estabilidad de Europa el proceso de desintegración incontrolado y total de la Unión Soviética; que tenemos, sin embargo, que partir del hecho de las decisiones de los pueblos sobre su destino y que tenemos que partir del reconocimiento de la realidad, aquí como en los demás casos, pero que la historia de las guerras europeas y la historia de Europa es muy elocuente. Creo que no debemos tener una actitud complaciente o demagógica, sino, sencillamente, una actitud seria y responsable.

Finalmente, puesto que el señor Martínez decía que la expresión «casa común» no le gusta a todo el mundo, quiero terminar, con una cita, quizá no muy conocida, pero, a mi juicio, de gran valor. Dice así: «Europa fue siempre como una casa de vecindad donde las familias nunca viven separadas, sino que mezclan a todas horas su doméstica existencia. Estos pueblos que ahora se ignoran tan gravemente» —recuerda estos momentos— «han jugado juntos cuando eran niños en la gran mansión europea, en la gran mansión común». La primera vez que se emplea la expresión «casa común» no lo hace el Presidente Gorbachov, la emplea un gran escritor español en un año muy difícil, el año 1938, en su exilio de París. Era José Ortega y Gasset el primero que habló de la casa común europea, en un momento en el que empezaban a pasar cosas muy serias.

El señor **PRESIDENTE**: Muchas gracias, señor Ministro.

Gracias, señoras y señores Diputados.

Se levanta la sesión.

Eran las siete y cincuenta y cinco minutos de la tarde.

Imprime RIVADENEYRA, S. A. - MADRID

Cuesta de San Vicente, 28 y 36

Teléfono 247-23-00.-28008 Madrid

Depósito legal: M. 12.580 - 1961